

Carlos Sanz Mínguez (editor)

LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE.
Creencias, ritos y prácticas de
un pueblo prerromano



LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE

Creencias, ritos y prácticas de un pueblo prerromano

Vacceca Monografias, 9

Carlos Sanz Mínguez

editor

LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE
Creencias, ritos y prácticas de un pueblo prerromano

Valladolid, 2020

© De la presente edición: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid
© De los textos: los autores respectivos

Edita: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Maquetación y diseño: Eva Laguna Escudero - Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Corrección de estilo y bibliografía: Roberto Sendino Gallego y Elvira Rodríguez Gutiérrez

Impresión: Gráficas Benlis. Valladolid

Impresión en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-09-23748-7

Depósito Legal: VA-734-2020

ELEMENTOS VIÁTICOS Y SIMBÓLICOS PARA EL MÁS ALLÁ VACCEO, A LA LUZ DEL REGISTRO FUNERARIO DE LAS RUEDAS DE *PINTIA*

Carlos Sanz Mínguez

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
Universidad de Valladolid

Resumen: La historiografía vaccea carece de trayectoria suficiente para poder abordar un estudio de conjunto sobre el más allá vacceo y su naturaleza simbólica representada en las prácticas documentadas en las tumbas de sus cementerios. De hecho, el conocimiento de las necrópolis vacceas no se produce hasta finales del siglo XX. Además, la circunstancia de que Las Ruedas sea el único camposanto de referencia para el vasto territorio vacceo hace que resulte arriesgado extender el comportamiento aquí documentado a la generalidad de esta cultura.

Con estas limitaciones de partida, encaramos en el presente artículo el estudio de la escatología vaccea a través de algunos de los elementos viáticos y simbólicos expresados en el excepcional conjunto funerario de Las Ruedas de *Pintia*.

Palabras clave: vacceos, Edad del Hierro, valle del Duero, *Pintia*, escatología.

No es tarea sencilla acercarse a la sistematización de todos los posibles elementos simbólicos reflejados en un contexto funerario prerromano-vacceo, ya que a la intrínseca dificultad de identificar aquellos objetos o gestos que poseían un código de significados trascendidos, se une un parco registro de cementerios conocidos —por más que el de Las Ruedas de *Pintia* ofrezca información muy relevante— y la casi total ausencia de fuentes documentales escritas.

Por esta razón, haremos un análisis, o si se prefiere una reflexión, sobre espacios, comportamientos y objetos

Abstract: Vaccean historiography does not have enough experience to be able to undertake a comprehensive study of the Vaccean afterlife and its symbolic nature represented in the practices that have been documented in the graves of its cemeteries. Vaccean necropoleis were not known until the end of the 20th century. Besides, it is risky to extend the behavior documented here to the generality of this culture, since Las Ruedas stands as the only cemetery of reference for the vast Vaccean territory.

With these starting limitations, we face in this article the study of Vaccean eschatology through some of the viatic and symbolic elements expressed in the exceptional funerary complex of Las Ruedas in *Pintia*.

Keywords: vaccean, Iron Age, Duero valley, *Pintia*, eschatology.

a los que creemos que los vacceos de *Pintia* otorgaron un valor simbólico que trascendía su propia utilidad. No siempre será fácil establecer qué valores concretos encierran, pero quizás el primer paso sea intentar aislarlos para poder empezar a comprenderlos e indagar si el registro arqueológico puede ofrecer alguna posible clave de entendimiento que nos aproxime a su semántica. Compartimos la definición de elemento simbólico ofrecida por Rivera Arrizabala (2003-2004: 318-319): «El simbolismo es un proceso cognitivo que otorga a determinados objetos, pinturas,

sonidos o conductas la representatividad de ciertas ideas, conceptos o creencias, que la sociedad ha generado y aceptado en su conjunto. El proceso de simbolización consiste en relacionar estas abstracciones con sonidos y gestos (lenguaje), con objetos (elementos simbólicos) y conductas (usos, costumbres), siendo necesario aplicar un consenso social a todo el proceso. Esta correspondencia simbólica puede ser muy variada, pues muchos son los objetos de la vida cotidiana sobre los que descargar la representatividad elegida. En su inicio surge el problema de no poder distinguir si tal objeto fue creado para un fin útil o para el simbolismo elegido».

Desde un punto de vista antropológico las ceremonias que rodean a la muerte pueden ser consideradas como un rito de paso. La gran variabilidad de prácticas funerarias está dirigida a satisfacer necesidades de etiología diversa. Entre las más apremiantes, la propia descomposición del cadáver que, en diferentes culturas y épocas, ha llevado a ensayar distintos sistemas de neutralización y/o purificación: momificación, inhumación, cremación, exposición a animales, etc.

En efecto, se trataría de desalojar, por variados medios, del mundo de los vivos a seres inertes en los que la muerte y sus signos se hacen evidentes en pocas horas. Así, frente a la corrupción se implementan diversos ritos funerarios que tienen el doble o triple objetivo de purificar, permitir el tránsito y evitar —realizados convenientemente los anteriores pasos— la interferencia de los muertos en el espacio de los vivos.

El fuego purificador o la exposición a los buitres sagrados, cuyas llamas y vuelo, respectivamente, elevan hacia al ámbito celestial el alma del difunto, o el sarcófago —“comedor de carne”— inhumado en el subsuelo, que remite a un ambiente ctónico, son algunos de los rituales posibles, aunque es necesario tener presente que entre los vacceos la cremación tuvo también en ese mundo subterráneo su referencia final, acompañada de una serie de ofrendas viáticas en el *loculus* de la tumba.

Eliminar el cuerpo, facilitar el tránsito y evitar la interferencia del finado en el mundo de los vivos. A estas tres premisas se suma asimismo un sentimiento de pérdida, en lo personal —de quienes tenían una relación más estrecha— y en lo social que, en el caso de los personajes más

relevantes, podría comportar incluso una desestabilización del *status quo*. Por ello es necesario restañar la herida que la pérdida de uno de sus componentes representa en el tejido social, y para tal fin las diversas comunidades han desarrollado una compleja trama de conductas expresadas y normativizadas en los rituales funerarios.

En el caso de la etnia prerromana de los vacceos, que ocupó el sector central sedimentario de la cuenca del Duero durante la segunda mitad del primer milenio a.C., podemos hablar de un ritual funerario trino, que atiende a la diversa naturaleza del finado y a sus circunstancias de muerte: inhumación, exposición a los buitres y cremación del cadáver.

Las limitaciones que la Arqueología tiene para acercarse al complejo mundo de la muerte ya han sido puestas en evidencia por diversos autores, planteando algunos incluso la imposibilidad de reconstruir estos procesos por su fuerte carga emocional. El arqueólogo cuenta con poco más que el depósito funerario, pero ignora casi todo lo que precede o sucede al mismo; además, accede a una realidad estática, cuyos hechos observados son del presente, con pérdidas sustanciales (materiales orgánicos v. gr.) «y que por sí mismos no nos informan acerca del pasado» (Binford, 1988: 23-24). En palabras de M.^a Teresa Andrés (2003: 17): «existe un abismo insondable entre la realidad de los ritos funerarios en el momento en que se efectuaron y las huellas arqueológicas que de ellos se conservan, no sólo en cantidad sino en calidad». Dicho de otra forma, en palabras de Wagensberg (2006: 40-41): «el historiador es al prehistoriador lo que el médico al veterinario, es decir, su diferencia radica en que el sujeto de conocimiento puede disponer (o no) de declaraciones explícitas del objeto de conocimiento».

En el caso vacceo que analizaremos, pese a ser ya una etnia protohistórica (y no una mera cultura prehistórica), debemos añadir otras importantes limitaciones: el carácter ágrafo de esta sociedad, la ausencia de conocimiento de sus cementerios hasta finales del siglo XX y el apoyo casi exclusivo en las investigaciones desarrolladas en una necrópolis en particular, la de Las Ruedas de *Pintia*. Así, el conocimiento entre los vacceos de los principales elementos simbólicos de la muerte, como el color (sobre todo negro, en algunos casos blanco), el pelo (largo o rapado), el

ruido (tambores, trompas...) o la procesión del cadáver, establecidos en otras sociedades, nos están vetados, aunque con respecto del color negro tal vez hayamos conservado algún indicio, como veremos.

En la investigación de los rituales funerarios debemos tener presente que la inclusión de determinados tipos de objetos y sus disposiciones, la organización de las tumbas, la propia situación del cementerio en el espacio, etc., no son aleatorias y que, antes bien, responden a una dialéctica entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Para desentrañar ésta se hace necesario profundizar en el estudio de aquellos elementos principales que sirvieron para significar el sexo, la edad o la condición social, pero también aquellos otros de carácter más general que representaron modelos de imitación o elementos de consenso social, y, cómo no, los relacionados con las creencias religiosas y ultraterrenas.

En esta realidad social concreta cabe pensar que los usos y costumbres de las elites debieran de condicionar decisivamente la codificación de dichas conductas mediante la inclusión de objetos con un determinado valor simbólico. A lo largo de este trabajo profundizaremos precisamente en esos patrones de conducta que parecen constituirse en elementos simbólicos del ritual funerario.

1. Rituales funerarios vacceos: fuego, buitres y espacio doméstico

De los tres rituales funerarios practicados por los vacceos, el normativo se desenvolvería entre los pagos de Los Cenizales y Las Ruedas, topónimos que aluden, respectivamente, a las grandes acumulaciones de cenizas resultantes de la cremación de los cadáveres (Sanz, 2010a: 206-207), y, tal vez, a ciertas estelas excepcionales, de formato gigante y discoidal, utilizadas tardíamente para señalar las tumbas (Sanz *et al.*, 2006). El cambio ritual respecto de la etapa soteña precedente resulta muy expresivo del nuevo horizonte cultural vacceo: si la ausencia de testimonios funerarios dentro de la Cultura del Soto se ha vinculado a una cremación que no muestra interés por los restos óseos calcinados, su recogida durante la etapa vaccea para su deposición en un *loculus* tumbal representa un cambio impor-

tante de mentalidad escatológica. Aunque desconocemos por completo la estructura de las creencias vacceas sobre el cuerpo y el alma, para el mundo ibérico, siguiendo modelos etruscos, se ha planteado, de acuerdo a una concepción teórica difundida a partir del siglo IV a.C., que el cuerpo tuviera dos almas (*hinthial*), una residente en la tumba, en la proximidad de la familia, y otra en el ámbito celestial junto a las divinidades (Gracia, 2001: 113). Por otro lado, la cremación constituiría una expresión de la preeminencia de la parte intangible del ser sobre la corpórea, al no requerirse de un cuerpo para la vida ultraterrena, como, por ejemplo, se exigía en el mundo egipcio.

La purificación del cadáver en el caso vacceo se operaría a través del fuego y se completaría con el lavado, probablemente con agua lustral, al que serían sometidos los restos tras su combustión, antes de introducirlos en la urna, ya que estos siempre se muestran limpios de cenizas o carbones (Sanz, 1997: 491) (fig. 1).

Ya ha sido señalado que en *Pintia* existía un lugar concreto donde se desarrollaba el ritual de la cremación, en el pago de Los Cenizales, enfrente a la salida sur del *cardo* de la ciudad y al otro lado del arroyo de La Vega o de Pajares, donde el uso continuado de piras funerarias durante seiscientos años habría determinado la actual mancha cenicienta que supera las dos hectáreas de extensión. El sedimento realmente oscuro que aquí se acumula (fig. 2),

Fig. 1. Urna cineraria con los restos óseos cremados y los ajuares bronceos en su interior.



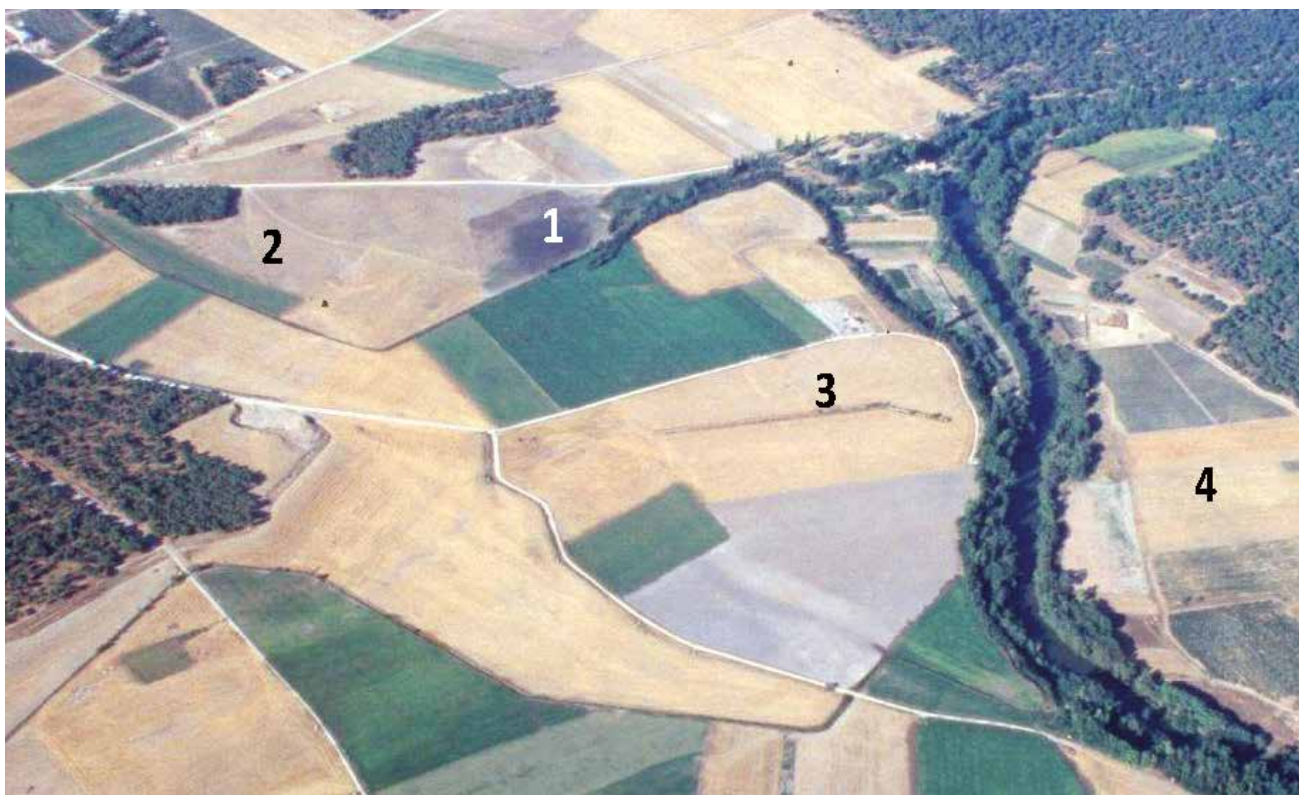


Fig. 2. Fotografía aérea de la Zona Arqueológica Pintia: 1. *Ustrina* de Los Cenizales. 2. Necrópolis de Las Ruedas. 3. Ciudad de Las Quintanas. 4. Barrio artesanal de Carralaceña.

nos lleva a intuir que junto a la quema de las hogueras funerarias se pudieran incorporar otras sustancias aromáticas o ígneas, elementos asimismo de purificación del espacio crematorio o *ustrinum*; proceder que aquí no pasa de ser mera conjetura, extrapolada de lugares como la necrópolis de Cabezo Lucero (Jodín, 1993: 34-35; citado en Gracia Alonso, 2001: 114), ya que ninguna excavación o analítica se han realizado en esta área de *ustrina*, si bien podemos afirmar que ocurrió, como luego tendremos ocasión de valorar, en la zona cementerial de Las Ruedas, asociado a determinados conjuntos tumbales o hitos de señalización pétreo.

Por tanto, la cremación del cadáver se realizaría en Los Cenizales y desde allí, tras la selección y recogida de los restos cremados, serían depositados en un hoyo abierto en el cementerio de Las Ruedas (fig. 3). Con cierta frecuencia

se ha podido comprobar la existencia de tumbas dobles sincrónicas o incluso, tal vez triples, que poseen una gran importancia para establecer el rango en función del sexo o de la posición social. Tales conjuntos suelen compartir un mismo *loculus*, aunque con algunos marcadores que permiten diferenciar sin problema unas ofrendas y otras. Así, en la tumba 30, correspondiente a un varón guerrero y a una mujer, una laja de piedra caliza dispuesta de manera enhiesta separaba ambos conjuntos, dotados asimismo de urnas cinerarias independientes (Sanz, 1997: 79); en la tumba 50, de un varón guerrero y su artesano —aquí hemos apuntado un posible caso de *devotio*— la excavación del hoyo a diferentes cotas de profundidad permitían diferenciar los ajueres de uno y otro (Sanz, 1997: 117). Otras tumbas dobles se han ido documentando en trabajos más



Fig. 3. *Loculi* abiertos en el cementerio de Las Ruedas con sus contenidos repuestos una vez restaurados los conjuntos (campaña de 2009).

Fig. 4. Tumba doble 263a y 263b de Las Ruedas. Pese a compartir un mismo *loculus*, los depósitos de cada individuo se diferencian de forma neta por su posición extrema.

recientes: 148a y 148b, otra posible *devotio* (Sanz y Romero, 2009a: 8), 247a y 247b (Sanz, 2012a: 7-8), 256a y 256b (Sanz y Carrascal, 2013: 8), 263a y 263b (fig. 4) (Sanz y Pedro, 2014), 287a y 287b (Sanz y Pedro, 2015: 10).

Aún con respecto al ritual de combustión del cadáver, faltaría resaltar la documentación de una cremación múltiple a pie de tumba, esto es, un *bustum* propiamente dicho (fig. 5). Tal situación pudo comprobarse en los sectores de excavación más meridionales del cementerio hasta ahora intervenidos, durante las campañas de 2007 y 2011.





①



②

Fig. 5. *Bustum* y *silicernium* asociado a las tumbas sincrónicas de tres mujeres (127a, 127b y 128) de Las Ruedas. 1. Recreación del proceso de combustión a pie de tumba y el banquete funerario asociado (dibujo de L. Pascual Repiso-CEVFW). 2. Definición del *bustum* y el *silicernium* en el proceso de excavación.

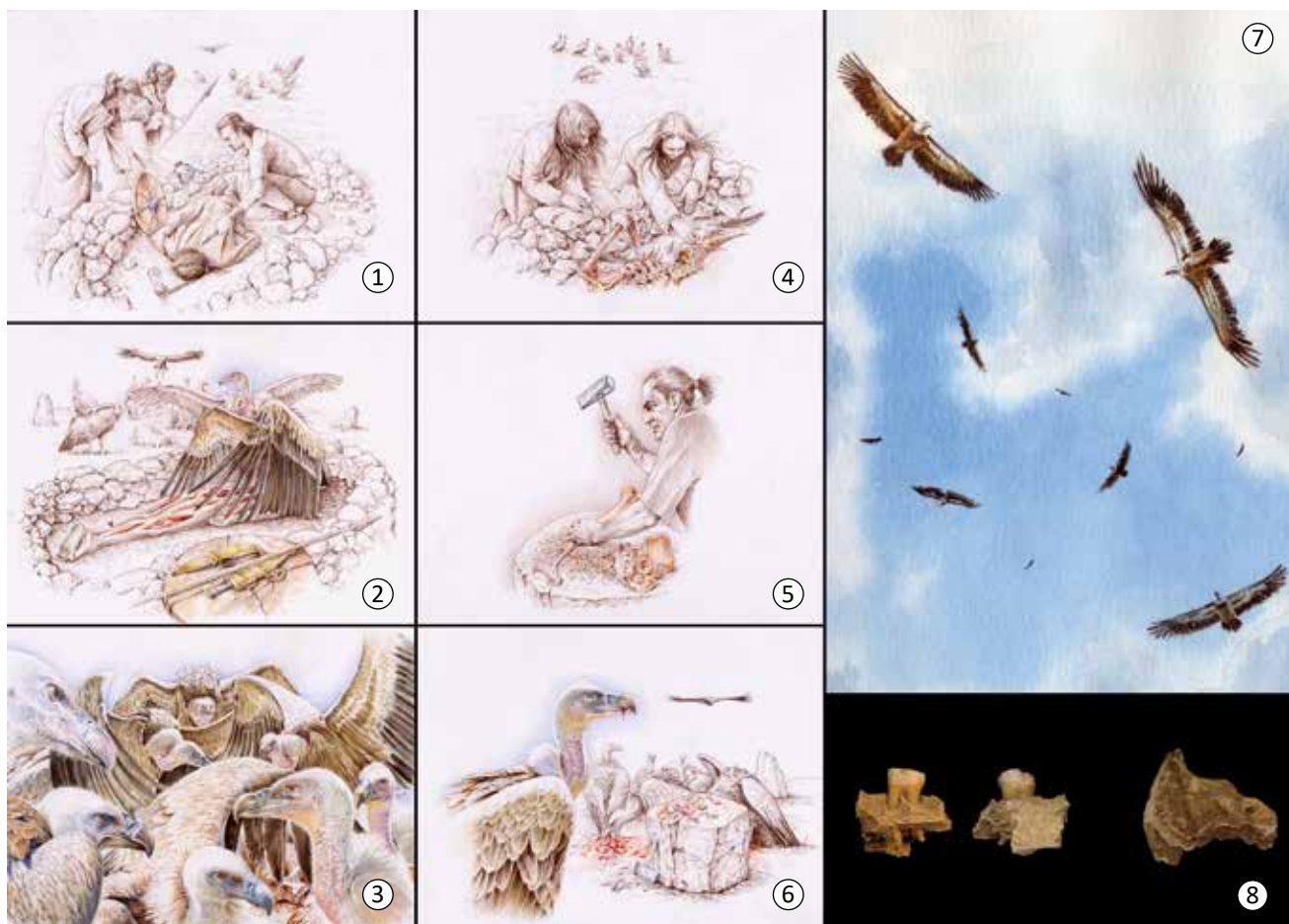


Fig. 6. Secuencia del ritual de exposición a los buitres a partir de modelos antropológicos actuales: 1. Sujeción y sajado del cadáver. 2 y 3. Eliminación de los tejidos blandos por la acción de los vultúridos. 4 y 5. Recogida y triturado de los restos óseos humanos. 6. Eliminación de los restos óseos por las aves carroñeras. 7. El buitres, ave psicopompa, eleva el espíritu del guerrero al ámbito celestial. 8. Restos triturados “frescos” (no cremados) hallados en la necrópolis de Las Ruedas. (1 a 7 dibujos de L. Pascual Repiso-CEVFW).

En concreto nos referimos a las tres tumbas sincrónicas (127a, 127b y 128) de dos mujeres y una niña aristocráticas (Sanz, 2012a; 2012b; Sanz Mínguez y Romero Carnicero, 2008; 2010), y a la gran mancha oscura correspondiente al *bustum*, localizada en sus proximidades, de 4 metros de longitud por 2,20 de anchura; además, un hoyo en el extremo noroeste del citado *bustum* fue interpretado como posible *silicernium*.

Por su parte, el ritual de exposición a los buitres referenciado por Claudio Eliano para los vacceos, comportamiento diferencial para los guerreros muertos en combate, creemos que también pudo tener presencia en el espacio cementerial. Al hallazgo superficial en la necrópolis de Las Ruedas de una plaquita de bronce recortada en forma de cabeza del vultúrido, cabe añadir la presencia de restos humanos no cremados, correspondientes a un fragmento

de temporal izquierdo (sector E2f4-f5) y otro de mandíbula con molar (sector E2g6), hallados en 2007 y 2011, respectivamente, en un espacio muy próximo.

Dicha práctica es asumida por la generalidad de los estudiosos de estas etnias prerromanas, pero lo cierto es que, más allá de ciertas posibles estructuras pétreas en Numancia (donde se propuso podrían haberse expuesto los cadáveres a las aves carroñeras estableciendo así una correlación con el testimonio de Silio Itálico para los celtíberos) (Jimeno *et al.*, 2004: 36), no se han podido constatar datos arqueológicos precisos que documentaran su realidad, circunstancia denunciada por algunos autores (Cerdeño, 2010: 321; Salinas, 2010: 619-621). Un paso más allá en esta línea de argumentación es la desarrollada por Schattner (2017: en especial 306-309), quien plantea que «dejados para el pasto de las aves» es una imagen tópica, que se cita cuando se trata de presentar brevemente el mundo bárbaro.

Sin embargo, la presencia ahora de estos restos humanos triturados y sin quemar en el cementerio de Las Ruedas no puede ser ignorada. Se trata de una anomalía, ajena al ritual de la cremación, y como ya indicamos en su momento (Sanz y Rodríguez, 2013: 80) creemos que tales evidencias son el testimonio de un sistema ritual de reducción de la osamenta del cadáver, una vez descarnado por los vultúridos, en un yunque de piedra mediante un percutor, de manera similar a como hoy se procede entre quienes siguen practicando los llamados “entierros en el cielo”. La cremación es más fácil de ser llevada a cabo mientras haya grasa; los huesos descarnados son más difíciles de eliminar por ese procedimiento, por lo que probablemente lo más sencillo habría sido machacarlos y mezclarlos con el tuétano y la masa cerebral —y tal vez algún añadido más—, para proporcionar a los animales una especie de “postre” y poder concluir con el ritual expositivo de forma satisfactoria, eliminando por completo la materialidad del cadáver, de la que, no obstante, siempre habrían podido quedar algunos restos como los señalados (fig. 6).

Por último, un tercer tipo de tratamiento ritual es el que se ofrecía a los niños muertos poco después de nacer. Su hallazgo arqueológico se produce no en el cementerio de Las Ruedas, sino bajo el suelo de las viviendas, en la intimidad del hogar. Tras las últimas revisiones de materiales, hasta once osarios de esta naturaleza han sido encontrados en las



Fig. 7. Inhumación de neonato dentro de la propia vivienda: 1. Recreación de Luis Pascual-CEVFW. 2. Inhumación de neonato de la ciudad de Las Quintanas de *Pintia*.

casas de Las Quintanas de *Pintia* y vienen a demostrar el uso extendido en la Antigüedad de no incinerar a los niños más pequeños, tal y como expresa el testimonio de Plinio (*Nat. His.*, 7, 72): «es una costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes», un *modus operandi*, por tanto, que obedece a las altísimas tasas de mortalidad infantil, en un contexto social en el que lo importante no era nacer sino sobrevivir (Sanz, 1997: 495-496) (fig. 7).

2. El cementerio. Un espacio natural construido y transformado en paisaje simbólico

«La dimensión simbólica del paisaje se refiere al lado no visible, oculto e inmaterial de la matriz espacial de la cultura. Hablamos del entorno imaginado y pensado, construido figurativamente; de la domesticación simbólica de la naturaleza; del Paisaje más allá de su realidad física, como abstracción de diferentes significados que generan los lugares

que lo conforman, es decir, Paisajes rituales y étnicos» (Sánchez Yustos, 2010: 144).

El espacio se convierte en paisaje cuando la cultura lo modela, cuando el pensamiento lo interioriza, lo construye y lo comparte. Es entonces cuando dejamos de observar naturaleza para identificar espacios ritualizados, sacralizados, acotados, con funciones precisas y excluyentes. Dicho de otra manera «existe el espacio hecho cosmos, habitado y organizado, por otra parte, al exterior de este espacio familiar, existe la región desconocida y temible de los demonios, de las larvas, de los muertos, de los extranjeros, en una palabra caos, muerte, noche» (Eliade, 1986: 41).

En la ciudad de *Pintia* sabemos que en época vaccea existieron al menos dos cementerios, el de Carralaceña en

la orilla derecha del Duero, vinculado al barrio artesanal alfarero y del que apenas se pudieron documentar tres tumbas (Sanz, Gómez y Arranz, 1993), y el principal de Las Ruedas, dado a conocer en un estudio preliminar a través de unas setenta tumbas (Sanz, 1997), pero del que en la actualidad se dispone información de más de trescientas, en conexión con la ciudad de Las Quintanas, aunque separado de ésta por el arroyo de La Vega o Pajares.

Centraremos nuestro análisis en éste último y reflexionaremos en primer lugar sobre la concepción de tal espacio simbólico vinculado a la muerte. Lo primero que llama nuestra atención cuando nos situamos en dicho punto del yacimiento es la superposición de planos visuales que configuran aún hoy en día el paisaje de este lugar.

Fig. 8. Vista aérea de la ubicación de la necrópolis de Las Ruedas y su entorno inmediato.



La necrópolis estuvo conformada por un gran triángulo de unas seis hectáreas de superficie, delimitado en los laterales este y norte por el propio arroyo de Pajares que delinea un (extraño y artificial) trazado, con cambio de orientación Norte a Oeste formando un ángulo de noventa grados, y, en su límite meridional, por una zanja de unos dos metros de anchura por uno de profundidad y unos doscientos treinta metros de longitud (a la naturaleza de esta estructura y otra aledaña volveremos a referirnos más adelante) (fig. 8).

Para alcanzar el cementerio desde la ciudad de Las Quintanas, lo más sencillo habría sido establecer ese espacio de memoria nada más cruzar el arroyo, en una zona próxima a la de cremaciones o *ustrina* de Los Cenizales. Sin embargo, por los datos de que disponemos hoy parece que éste comenzó a utilizarse unos quinientos metros al sur del arroyo, próximo al pinar conocido como de Las Pozas. Tal circunstancia sacrifica la comodidad e inmediatez de los depósitos por un programa pensado, no improvisado, que traslada medio quilómetro más allá su arranque.

No obstante, pese a haber exhumado más de trescientas tumbas y haber intervenido en una superficie de unos dos mil trescientos metros cuadrados, no podemos sino apuntar, con todas las prevenciones necesarias, que el espacio de Las Ruedas pudo organizarse —como otros de la Vetonia— por zonas, correspondientes a linajes y clientelas de diversas familias influyentes en la vida de *Pintia*, en las que se irían construyendo estratigrafías horizontales zonificadas de orientación Oeste (tumbas más antiguas) / Este (tumbas más modernas).

Otro problema de difícil resolución es determinar si en este espacio cementerial tenían cabida todos los pintianos —al margen de los niños recién nacidos que vemos bajo el suelo de las viviendas—, o si, por el contrario, algunos componentes de la sociedad estaban excluidos. La duda se deriva del nivel de riqueza existente en las tumbas, sobre todo en las cronologías más avanzadas del registro, en donde apenas vemos “tumbas pobres”. Por otro lado, si admitimos una población de unos cinco mil habitantes para la ciudad de *Pintia* y seiscientos años de uso del cementerio de Las Ruedas, y si consideramos que todos tuvieran acceso al mismo, estaríamos hablando de unas veinticuatro generaciones y de más de cien mil enterramientos.

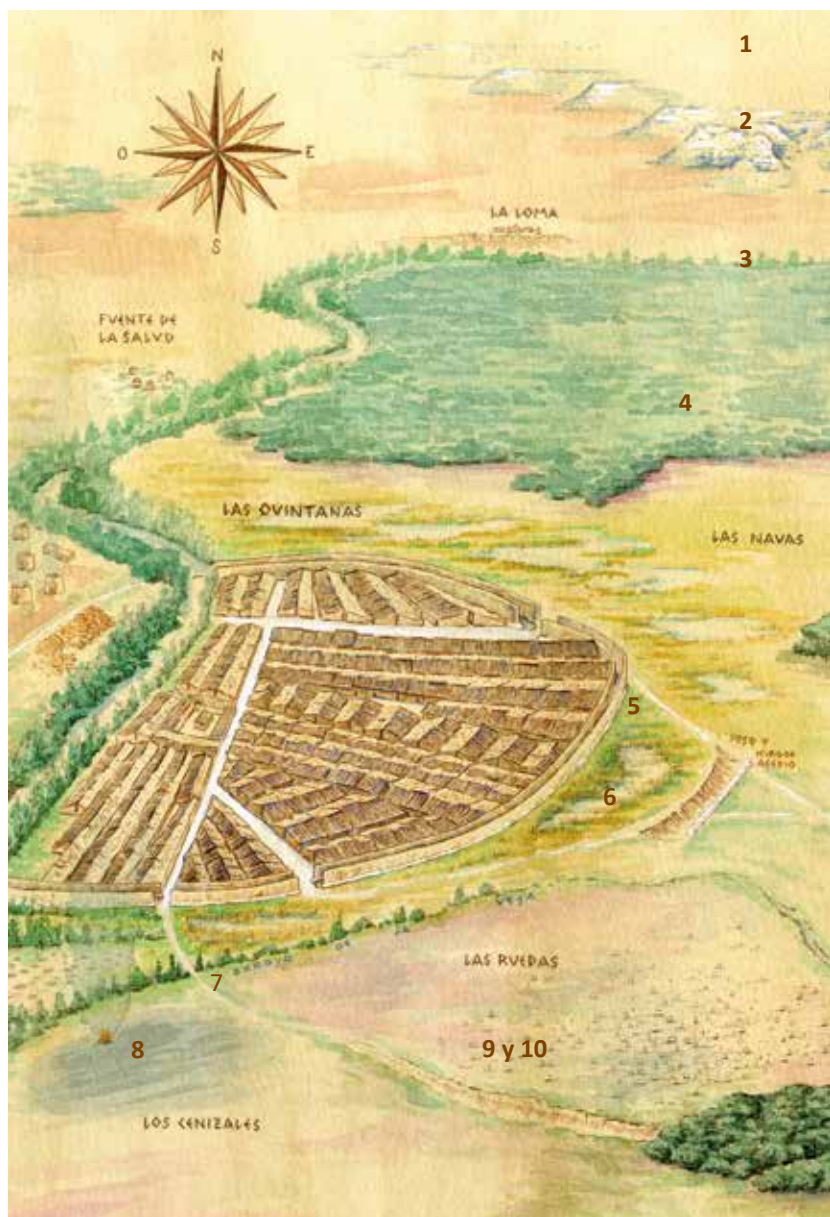


Fig. 9. Vista esquematizada del asentamiento pintiano en relación al río Duero, arroyo de la Vega y cerro de Las Pinzas. El interior de la ciudad Las Quintanas recoge las manzanas observadas a través de la prospección aérea, pero sin atender a los espacios de patios no edificadas.



No descartamos que el tratamiento funerario ofrecido para algunos consistiera en una simple cremación del cadáver y depósito de los restos cremados en el curso del arroyo de Pajares, para que la corriente los entregara al río Duero; la gran acumulación de cenizas en el pago de Los Cenizales es consecuente con este uso general y dilatado en el tiempo de la función cremadora, pero los espacios aparentemente vacíos del cementerio parecen sugerir una menor densidad de ocupación de la que cabría esperar, por lo que tal vez no todos fueron enterrados aquí.

Es complicado, por no decir imposible, imaginar cómo interiorizarían los vacceos el paisaje de Las Ruedas, pero, en la actualidad, si nos situamos en un punto del cementerio, observamos cómo diversos planos visuales no han cambiado tanto desde entonces y se superponen; nos referimos, de los más elevados a los más bajos, a los siguientes: 1. El cielo; 2. La peña sacra de las Pinzas; 3. El cauce del Duero; 4. El bosque; 5. La ciudad de Las Quintanas y su muralla; 6. La laguna/pantano; 7. El arroyo de Pajares; 8. El *ustrinum* de Los Cenizales; 9. El campo de estelas de Las Ruedas; y 10. El inframundo con el que conectan estas (fig. 9).

Así, cabe imaginar al psicopompo vultúrido anidando y sobrevolando en el cerro de Las Pinzas y descendiendo hacia el valle cuando fuera necesario para cumplir con los rituales del guerrero muerto en combate; al séquito fúnebre saliendo por la puerta sur de la muralla de Las Quintanas para alcanzar la laguna previa al arroyo de Pajares y, después de atravesado éste, entregar el cadáver a las llamas de las piras situadas en Los Cenizales; recogidos los huesos cremados resultantes de la combustión, a los familiares trasladando los mismos a un hoyo abierto en el cementerio, al inframundo, acompañados de ajuares y ofrendas viáticas; y, finalmente, señalizando con hitos pétreos o de otra naturaleza la posición de los finados para facilitar su atención posterior.

El conjunto del cementerio fue, pues, un cosmos habitado y organizado, donde los muertos serían cuidados y recordados. Su estratigrafía horizontal y sus más de seis hectáreas de extensión hablan bien a las claras del interés por no destruir tumbas antiguas al disponer otras más modernas. El espacio ritual está protegido en dos de sus laterales por el agua que fluye, que muere y se entrega, apenas quinientos metros más allá, al río Duero, una figura alegórica sin duda

no solo para nosotros. Por su parte, el flanco sur se protege con una barrera artificial: una zanja, de unos dos metros de anchura y aproximadamente un metro de profundidad —dato confirmado por un pequeño corte realizado en 2009 de tres metros de anchura (Sanz, 2010a: 209, fig. 13)—, que se extiende a lo largo de algo más de doscientos metros de longitud entre la zona de cremación de Los Cenizales y el actual pinar de Las Pozas, si nos fijamos de la trama oscura y rectilínea detectada a través de diversas fotografías aéreas como las del vuelo americano y otras posteriores del IGN.

En relación con esta zanja delimitadora ha sido particularmente interesante la detección, a unos ocho metros al exterior de la misma, de un hoyo de 60 cm de diámetro y 70 cm de profundidad, cuyo relleno, de época vaccea, resulta tan sorprendente como difícil de interpretar. Del fondo hacia arriba habían sido depositados en su interior los siguientes objetos: un fragmento de granito degradado por termoalteración, tres lajas calizas (de 20x16x10; 20x16x4; y 24x16x8 cm) y dos trozos de adobe quemados junto a otros restos de huesos animales (ovicáprido grande o bóvido joven) y fragmentos de cerámica fina anaranjada pintada (fig. 10). Este conjunto de piezas, con una más que probable intención ritual, nos recuerda a algunos de los depósitos-tumbas hallados en los recientes trabajos de excavación de *Dessobriga* (Martín Hernández, 2018 y en este mismo volumen).

Por lo que se refiere al caso pintiano, este tipo de enigmáticos hoyos no solo se localiza de forma externa a los límites del cementerio, sino también en su interior. Resulta patente en esta necrópolis la presencia de hoyos antropogénicos —dejando al margen los de naturaleza furtiva de diferentes épocas, ya sea romana (Sanz y Rodríguez, 2019: 6) o reciente (Sanz, 2018)— que no parecen tener correspondencia con tumbas de incineración, pero que sí expresan rituales y acciones diversas. Nos referiremos, por ejemplo, a uno profundo y estrecho localizado en el sector IIAF (campaña de 1986) donde se halló en el fondo del mismo, a 2,15 m. de profundidad, en el nivel freático, una cajita zoomorfa (De Bernardo, Romero y Sanz, 2012: 166) o también a otro hoyo, no identificable como tumba, que ofreció, junto a otros elementos, una fusayola con inscripción en signario celtibérico, que parece contener una especie de requiebro amoroso (De Bernardo, Sanz y Romero, 2010). No hay que olvidar, como han señalado algunos autores (Chevalier y Gheerbrant, 1986:

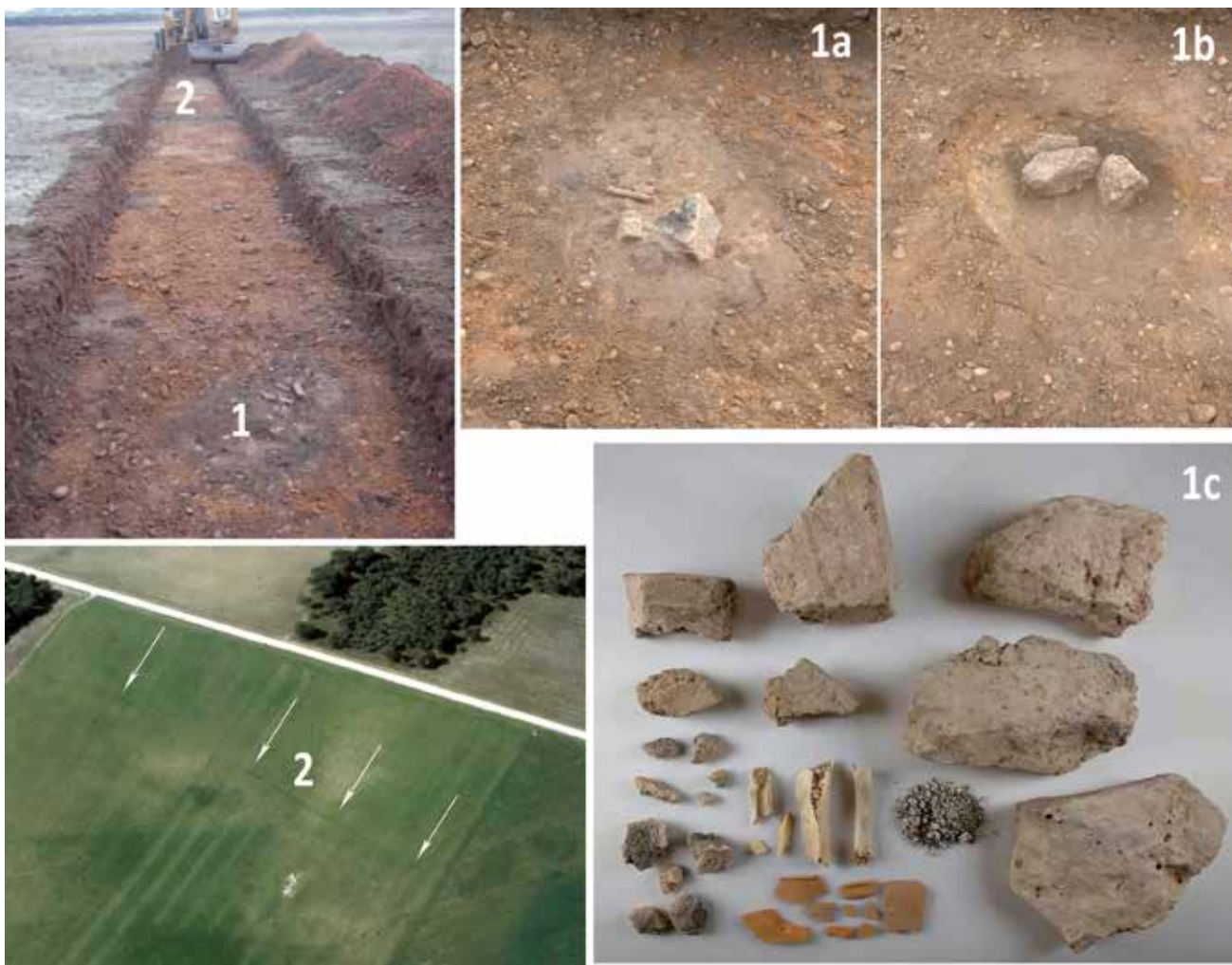


Fig. 10. Zanja de época vaccea (2) de delimitación del cementerio de Las Ruedas, cortada transversalmente por decapado con pala mecánica, observable en la fotografía aérea. Hoyo ritual situado al exterior de aquella (1), sus fases de excavación (1a y 1b) y los materiales que incluía (1c).

849), que «el pozo reviste un carácter sagrado en todas las tradiciones; realiza como una síntesis de tres órdenes cósmicos: cielo, tierra, infiernos; de tres elementos: el agua, la tierra y el aire; es una vía vital de comunicación. Es también un microcosmos o 'síntesis cósmica'».

En suma, la identificación de la referida zanja como límite artificial del cementerio configura, junto a los dos

laterales marcados por el arroyo de Pajares, una superficie triangular de unas seis o siete hectáreas, espacio que no necesariamente estaría densamente ocupado por tumbas, pero sí plantea un proyecto o planificación, al tiempo que la intención de delimitar esta área simbólica, de crear una geografía precisa para el desarrollo de los rituales funerarios.

3. Objetos, estructuras y prácticas para el más allá

Si centramos ahora la atención en un espacio más reducido, esto es, la tumba propiamente dicha, cabe discriminar una serie de objetos de diferente naturaleza funcional y simbólica depositados en la misma que debieron cumplir diversos papeles. La variabilidad compositiva de estas sepulturas es expresión de una dialéctica entre los vivos y los muertos, que traslada al ámbito funerario una serie de códigos y valores sociales que hemos de intentar comprender mediante la atenta observación del contexto arqueológico.

Unas primeras consideraciones merecen los propios restos cremados del difunto, cuya presencia puede llegar a ser esquiva. En su momento apuntamos, de un lado la existencia de cenotafios o tumbas conmemorativas en las que falta cualquier evidencia ósea humana y de otro la tendencia en los momentos finales de la secuencia cronológica del yacimiento a recoger una muestra muy reducida de este material (Sanz, 1997: 492-493). Ambos extremos se han podido confirmar en las excavaciones más recientes.

Con respecto de los cenotafios parece que los vacceos también compartieron la conveniencia de llevar a cabo estos rituales simbólicos, de entierro sin muerto, a fin de facilitar el descanso del finado y su no interferencia en el mundo de los vivos. Sobre la necesidad de proceder de esta manera puede resultar bien expresiva, salvando las distancias, la respuesta dada por una vieja sacerdotisa a Eneas al inquirir éste sobre una muchedumbre que en el infierno corre de un lado para otro: «Hijo de Anquises, retoño bien cierto de los dioses, estás ante las aguas profundas del Cocito y la laguna Estigia, por la que temen jurar los dioses y engañar a su numen. Toda esta muchedumbre que ves es una pobre gente sin sepultura: aquél, el barquero Caronte; éstos, a los que lleva el agua, los sepultados. Que no se permite cruzar las orillas horrendas y las roncadas corrientes sino a aquél cuyos huesos descansan debidamente. Vagan cien años y dan vueltas alrededor de estas playas; sólo entonces se les admite y llegan a ver las ansiadas aguas» (Virgilio, *La Eneida*, VI, 302-330).

No resulta fácil comprender los motivos de la tendencia observada a reducir la representación de la muestra ósea contenida en las urnas cinerarias en los momentos más avanzados de la secuencia cronológica, como si final-

mente los restos mortales cremados tuvieran un mínimo interés testimonial. Tal comportamiento creemos no debe de ser explicado por una mejora en la cremación que redujera los mismos de manera más efectiva.

De todos los objetos presentes en el *loculus* funerario los metálicos observan una relación directa con el finado, presentando a menudo evidentes signos de termoalteración que indican que acompañaron al cadáver en el momento de la combustión. El oficiante del ritual sería consciente de este vínculo, trasladando el mismo al enterramiento y disponiendo los objetos metálicos en estrecha conexión con la urna cineraria, bien en su interior, sobre, bajo o al lado de ella. En suma, cabe interpretar que estos fueran ajueres personales o pertenencias propias del finado.

Otros objetos que comparecen en las tumbas podrían tener la condición de ofrendas alimenticias, vituallas viáticas para el tránsito al más allá. En esta categoría podrían entrar los restos óseos de fauna y los contenidos de las vasijas. Es relativamente frecuente encontrar en las tumbas partes anatómicas de diversos animales (ovicápridos, bóvidos, cerdos, liebres, gallinas y, en menor medida, caballos y perros), algunas en conexión, lo que quiere decir que fueron ofrendadas con carne para el finado, en el desarrollo de banquetes funerarios. Más excepcionalmente se documentan también faunas cremadas.

Por lo que respecta a las vajillas incluidas en los depósitos funerarios, la realización de analíticas de residuos nos ha permitido establecer diversas categorías formales asociadas a usos o contenidos específicos; así, jarras de pico, copas, crateriformes y *cyathus* fueron utilizados para el servicio de bebidas alcohólicas (vino, cerveza e hidromiel), botellas abombadas de boca de seta para ungüentos, cuencos para productos lácteos y arropes, fuentes para carnes, etc. (Sanz *et al.*, 2003c).

No es sencillo determinar, en cualquier caso, si todos los objetos alimenticios hallados en tumba tuvieron un papel práctico, es decir, si pudieron trascender ese fin viático y expresar otros contenidos simbólicos. El consumo excepcional de especies como *Canis familiaris*, por cuanto solo ha sido detectado en las tumbas femeninas de elite 128 y 144 (Sanz y Coria, 2018: 146), además de en las alteradas 97, 104 y 120, creemos que pudo responder al de-

sarrollo de ciertas prácticas rituales en relación con este animal, que irían más allá de su aporte proteínico; de hecho, en el mundo céltico continental el consumo de canes aparece, como aquí, en proporciones siempre minoritarias (Horard-Herbin, 2014).

¿Y cómo explicar la inclusión de una bellota en el interior de una botella de la tumba 302? ¿Como ofrenda alimenticia o más bien con un sentido simbólico de regeneración de la vida? Recordemos aquí la costumbre recogida como tradición ancestral de la Bretaña francesa referida a las ánimas en pena o Anaon: «Certains âmes sont condamnés à faire pénitence jusqu'à ce qu'un gland, ramassé le jour de leur mort, soit devenu un plant de chène prope à quelque usage» (Le Braz, 1893: 271). No olvidemos cómo la representación de estas bellotas en colgantes, fibulas o remates de torques refrendan su alto valor simbólico y protector.

Los huevos de gallina y de oca constatados en numerosas tumbas de Las Ruedas pudieron tener también esa ambivalencia, pero en el caso del ejemplar de oca, pintado en óxidos de manganeso y hierro de la tumba infantil 127b parecería primar el sentido de regeneración que representa este objeto, como una especie de “huevo de Pascua”, por tanto símbolo de renacimiento, fertilidad y eternidad constatado en los ritos funerarios fenicios (García Petit, 2002: 77).

En igual dirección podría apuntar la presencia de una concha marina de la tumba 179, incluida seguramente por su valor simbólico de regeneración de la vida, tal y como en otras culturas sucede (Elíade, 1986).

Asimismo, Binford y Saxe (citado en Brown, 1981: 28) han señalado que los ritos y enterramientos también se verían afectados por la talla y composición del cuerpo de individuos que reconocían alguna ligadura social o de linaje con el fallecido. En este sentido, en ocasiones creemos poder distinguir una nueva categoría de objetos que llamaremos “ofrendas de los próximos”, depositados por individuos que mantenían algún tipo de vínculo o relación estrecha con el muerto, y que mediante la inclusión de ciertas piezas propias quisieron dejar constancia de su sentimiento de pérdida. Citaremos tres ejemplos entre otros posibles. La tumba 9, correspondiente a un varón guerrero del siglo IV a.C., proporcionó, junto a un puñal y una *caetra* de tipo Monte Bernorio, dos puntas de lanza, dos bolas de

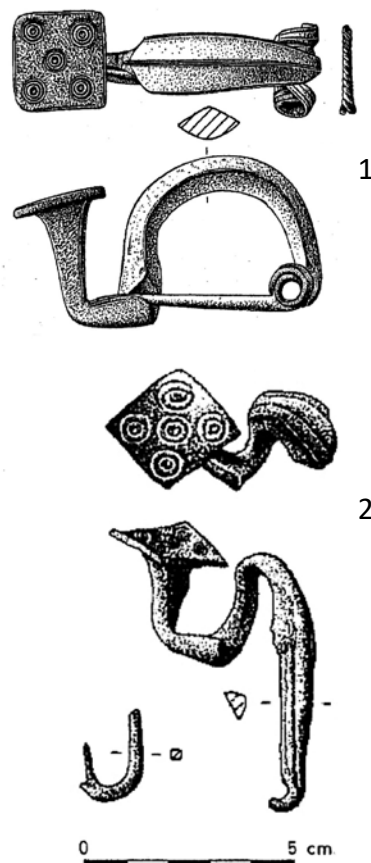


Fig. 11. Fibula de pie alzado con botón terminal de la tumba 9 de Las Ruedas, termoalterada (2), y su gemela dispuesta sobre el depósito funerario (1).

piedra y una fibula de pie alzado con señales inequívocas de termoalteración, con deformación del puente y pérdida del sistema de resorte y aguja; pues bien, justamente encima de este depósito, en el proceso de cierre del *loculus* funerario, se incorporó otra fibula gemela, en este caso perfectamente conservada, que hemos interpretado en el sentido señalado (fig. 11) (Sanz, 1997: 371-372). La tumba 77 corresponde asimismo a un ajuar de guerrero de cierto estatus, con un puñal y una *caetra* de tipo Monte Bernorio, dos puntas de lanza, punzón, cuchillo y ocho recipientes cerámicos, uno de ellos la urna cineraria. Sobre ésta se de-

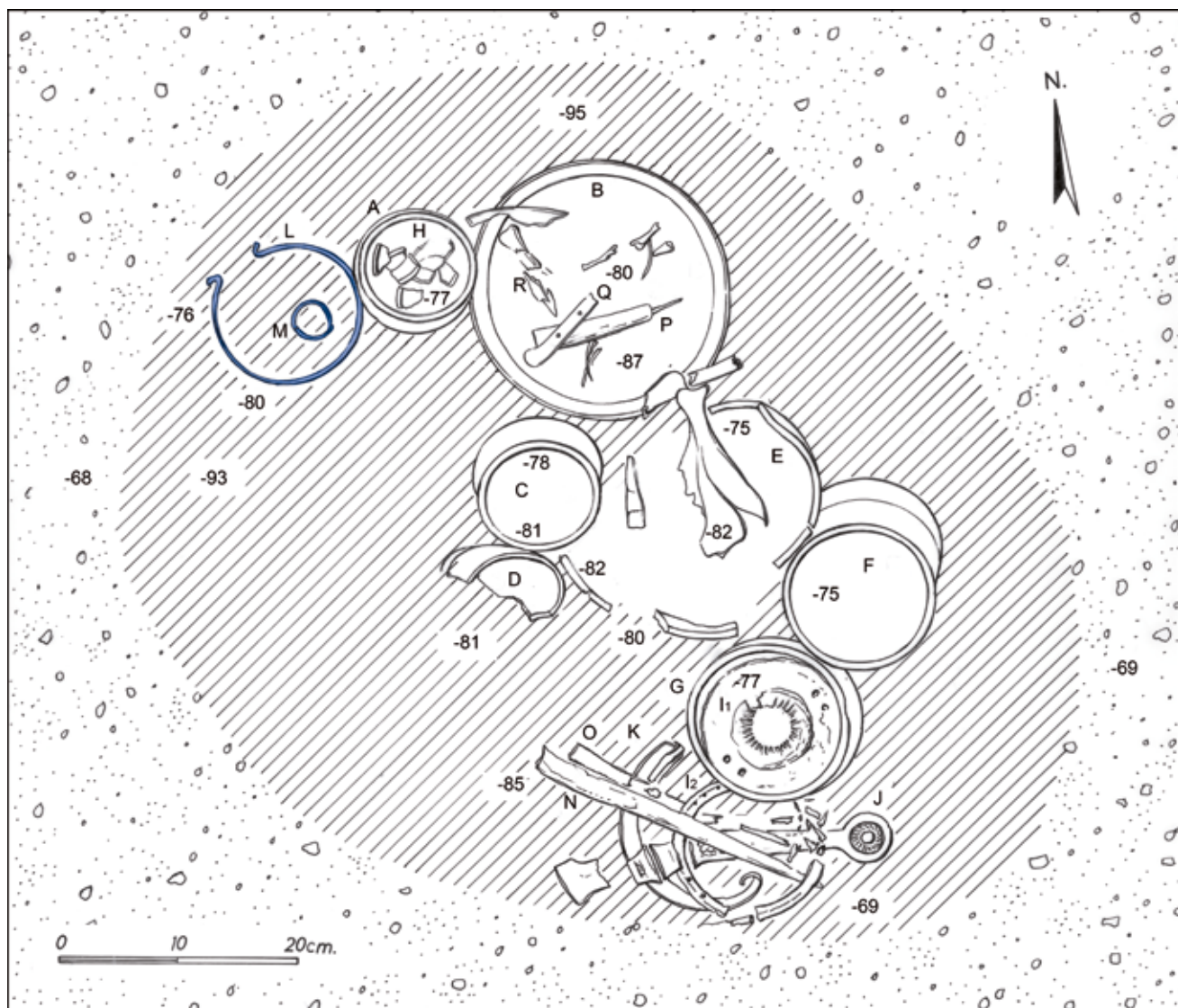


Fig. 12. Planimetría de la tumba 77 de la necrópolis de Las Ruedas.

positó el umbo y al costado sur las demás armas. Llamativo resulta que elementos de la importancia simbólica de un torques o un zarcillo para el pelo fueran dispuestos en el extremo opuesto del *loculus*, interpretamos que queriendo diferenciar lo que era una ofrenda y no parte constituti-

va del ajuar funerario del difunto (fig. 12). Finalmente, la tumba 151, también de guerrero, aunque esta vez de cronología más avanzada, cuenta con quince recipientes cerámicos, un puñal de filos curvos, *caetra*, punzones, cuchillo, fibula y zarcillo de bronce para el pelo y... una fusayola de



Fig. 13. Recreación del enterramiento 151 del cementerio de Las Ruedas (dibujo de L. Pascual Repiso-CEVFW).

carrete profusamente decorada; este objeto vinculado en la Antigüedad a la función textil femenina, como luego veremos, ¿no podría ser ofrenda de su mujer? (fig. 13).

Tendríamos, pues, un mínimo de cuatro categorías de objetos en algunos de los depósitos funerarios: 1) restos óseos humanos cremados; 2) ajuares o pertenencias estereotipadas del difunto según condición social, sexual y de edad (armas para los varones, elementos textiles para las mujeres, algunos báculos de distinción para otras autoridades, juguetes y “joyas” de barro para los niños de las mejores familias, etc.); 3) ofrendas viáticas para el finado, alimenticias (partes anatómicas de diversos animales y bebidas como el vino, la cerveza o la hidromiel, así como sus soportes contenedores y objetos específicos de procesado como parrillas, cuchillo carnicero, espetones o pinzas para el fuego, entre otros) y olorosas (contenidas en los ungüentarios); y, por último, 4) las referidas “ofrendas de

los próximos”. En algunos casos cabría añadir una quinta categoría de objetos y sustancias ofrendadas, al lado de o en la propia tumba, dirigidas en este caso a las divinidades ctónicas mediante un *silicernium* y a las celestiales a través de la quema de perfumes o resinas y espolvoreado de otras sustancias, en el sentido etimológico del término perfume (“por el humo”) como elemento de conexión entre los humanos y la divinidad (López Rosendo, 2005: 677).

Además de las diversas categorías de objetos incluidas en el depósito, debemos referirnos igualmente a los elementos estructurales, como son los *loculi* o espacios excavados en la terraza estéril donde fueron depositadas las tumbas, así como a las lajas de piedra caliza que sirvieron para sellar los depósitos o a las grandes estelas para señalar al exterior la ubicación de los enterramientos. No nos detendremos en estos aspectos y remitiremos, por ello, a nuestro estudio de referencia (Sanz, 1997: 459-466), no sin



Fig. 14. Algunas estelas funerarias de la necrópolis de Las Ruedas que mostraban y mantienen una impregnación oscura en su cara interna cuando fueron exhumadas.

recordar de manera rápida la tendencia a enterrar a mayor profundidad en los momentos más recientes de la secuencia del cementerio, buscando incluso el nivel freático, lo que, además de pretender evitar a expoliadores de época, podría ser entendido de manera intencionada para aplacar la sed de los difuntos. Con todo, los trabajos de excavación más recientes, realizados sobre todo al Este de la zanja II, nos han permitido documentar un gran número de estelas próximas a su posición original (en aquella trinchera excavada entre 1985 y 1987 apenas se pudieron documentar estos elementos de señalización, bien por no haber existido nunca allí, bien porque el arado las había arrancado), y asimismo un número de tumbas superior en su entorno, lo que nos lleva a sospechar que una estela pudiera señalar un conjunto de enterramientos correspondientes a ciertas unidades familiares.

Algunos de estos hitos pétreos caídos y sellados por el sedimento superficial han aparecido impregnados en su cara inferior de una sustancia oscura y persistente (fig. 14). El tratamiento ritual de impregnación de sustancias negras no queda restringido a estos elementos, sino que ha sido documentado de manera reiterada en algu-



Fig. 15. Tumba doble 50, sometida a un ritual de quema, probablemente de betún con óxido de manganeso.

nos depósitos funerarios, muy especialmente en la tumba doble 50, cuyo depósito con abundantes cerámicas dispuestas sobre los *loculi* fue impregnado de cierta sustancia e incendiado, en lo que interpretamos en su día como una quema de resinas (fig. 15) (Sanz, 1997: 486).

Viene al caso hablar también de ciertos esferoides de peso liviano y aspecto carbonoso. Se caracterizan por haber sido en origen de naturaleza plástica, si bien en la actualidad se nos muestran ya rígidos, una vez secos. Su carácter originalmente dúctil y modelable se deduce en especial a través de una pastilla aplanada cuya superficie se halla cubierta de huellas digitales, además de presentar un mordisco infantil y la impronta de otro no dado (Sanz, 1997: 221, lám. XXV), (fig. 16 dcha.), pero también en algunos conjuntos conformados por varios esferoides que muestran improntas cóncavas resultantes de estar pegadas a sus vecinas en estado todavía plástico. Aunque la morfología obedece mayoritariamente a esferas, no faltan pastillas o aquellas que representan figuras de animales o humanas e incluso posibles fusayolas, pieles extendidas, odres y cuentas de collar (fig. 16). En su momento calificamos a estos objetos de *indeterminados*, por no poder ni tan siquiera saber cuál era su naturaleza material (Sanz, 1997: 221, 344, 459, 514, nota 43).

Fig. 16. Esferas, pastillas, representaciones de pieles extendidas, siluetas de animales, entre otros elementos, modelados en betún. Uno de ellos, ampliado a la derecha, muestra un mordisco infantil.

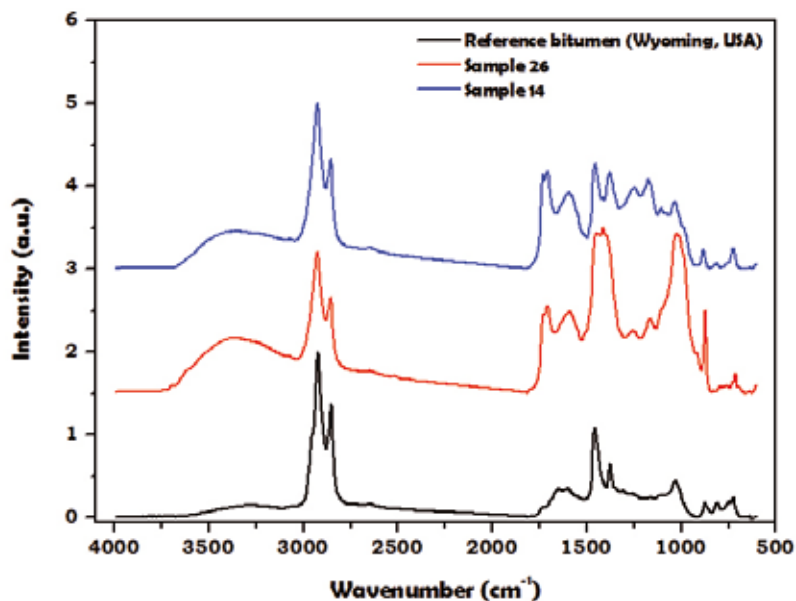


Fig. 17. Espectros FTIR-ATR de referencia del bitumen de Wyoming (USA) y de dos de las muestras más representativas del grupo de *Pintia* analizadas (Pinto, Sanz y Prieto, e.p.).

Pues bien, hoy estamos en condiciones de explicar a qué naturaleza responden todas estas evidencias: se trata de objetos bituminosos, modelados en esta materia plástica; y las impregnaciones fuertemente adheridas en los materiales o sustratos de las tumbas y en las estelas se hallan constituidas por una combinación de óxidos de manganeso y betunes. Los estudios realizados por el Departamento de Física de la Materia Condensada de la Universidad de Valladolid (espectrometría por fluorescencia de rayos X y Raman) así permiten deducirlo (Pinto, Sanz y Prieto, e.p.) (fig. 17). Tales datos ofrecen interesantes perspectivas para estudios de futuro, como la determinación de los lugares de aprovisionamiento de estas materias primas, pero también nos muestran de manera directa la importancia simbólica del color negro en los rituales funerarios, y el papel primordial del óxido de manganeso, cuya aplicación a la cerámica torneada fina anaranjada pudo dotarla, junto a los motivos y composiciones plasmadas, de unos valores profilácticos, salutíferos, etc., en suma, de un contenido simbólico complementario.

4. La muerte de los varones en una sociedad de componente agonístico

La sociedad vaccea participó de una ética agonística extensiva a otros pueblos prerromanos de la península Ibérica. Su expresión ha quedado patente tanto en las fuentes literarias como en las arqueológicas. Entre aquellas cabe recordar el episodio de monomaquia relatado por Apiano (*Iberia*, 53) para *Intercatia* y el relato complementario de Plinio (*Naturalis Historia*, XXX-VII, 9) sobre el anillo mandado hacer por el hijo del intercatiense en memoria del meritorio lance y, ¡cómo no!, el célebre texto, al que ya nos hemos referido, de Claudio Eliano (*De natura animalium*, 10, 22) sobre la exposición a los buitres de los guerreros «dorados de valor» que mueren en el ejercicio de las armas.

La Arqueología, por su parte, está cargada igualmente de referencias a estos valores intrínsecos a las armas y sus usos, tanto en ambientes cotidianos como en el mundo simbólico de la muerte. Podríamos decir que en estos momentos la condición social se hereda, pero no así la guerrera que exige de una gesta personal. Una conocida estela discoide de Clunia recoge a la perfección esta idea: representa al guerrero heroizado, a caballo y en el más allá, con nueve rodela bajo el cuello del caballo o ensartadas en su lanza, que simbolizan el número de grandes combates que construyeron su identidad guerrera (García y Bellido, 1949; Sanz *et al.*, 2003b: 207).

Las armas son una proyección del espíritu del guerrero y pueden convertirse en reliquias, como vemos que ocurrió con la vaina de un puñal damasquinado de tipo Monte Bernorio hallado en la ciudad de Las Quintanas de *Pintia*. Ésta debió de pasar de generación en generación, desde el siglo IV a.C. en que se produjera la pieza, hasta ser amortizada en el suelo, junto a un banco corrido de una vivienda del siglo I d.C. (Sanz, 2008). Estaríamos, pues, ante un objeto que trasciende su función coercitiva para convertirse —en un mundo ágrafo, mediante transmisión oral— en testigo locuaz durante siglos de las hazañas ancestrales ligadas a su poseedor, memoria viva —arma/alma— de un antepasado heroizado.

Tal proceder explica adecuadamente la ausencia de partes del arma en las tumbas, como por ejemplo sucedía con el ejemplar de puñal bernoriano de la sepultura 35, don-

de comparecía su hoja con pomo y el broche o tahalí asociado, sin incluir precisamente la vaina (Sanz, 1997: 92-93), o, más recientemente y con iguales circunstancias, en la 158.

Pero también cabría ver un interesante contraste en otros conjuntos funerarios de Las Ruedas, como el de la tumba 107 (Sanz y Garrido, 2007), con una panoplia cuyo puñal se ofrecía completo (vainas-joja-pomo-tahalí), ¿tal vez por carecer de lances asociados al mismo debido a la posible juventud del finado?

Por otro lado, en el cementerio de Las Ruedas llama poderosamente la atención la alta representación de elementos de panoplia militar frente a otros útiles que pudieran acreditar actividades diversas, hasta el punto de que pareciera que no existe otro oficio que el de las armas, ya que las tumbas de varones se asocian mayoritariamente a la presencia de armamento de muy variada constitución (Sanz, 2010b: 343, fig. 15). Pero la clave de la interpretación se basa precisamente en que en este registro simbólico por excelencia que es el mundo funerario no se representan “oficios”, sino modelos de conducta y específicamente una ética agonística. Es bien sabido el papel que el arma juega en la ideología guerrera entre los pueblos prerromanos peninsulares y en particular en los de la Iberia indoeuropea o céltica (Sopeña, 1995).

Pilar Ciprés (2002: 148-149) indica cómo uno de los rasgos que identifican el poder de los príncipes es la *auctoritas* basada en la ejemplaridad y la admiración alcanzada en el ejercicio de las armas. Las elites guerreras se convierten en modelos de imitación para el conjunto de la sociedad; el “estilo de vida aristocrático” se difunde por Europa a partir del siglo XIV a.C. y se intensifica durante la Edad del Hierro, con cuatro elementos categóricos que lo representan y los correspondientes ítems que los simbolizan: la guerra, la conducción del caballo, el ornamento corporal y el banquete (Brun, 2009: 70; Sanz, 2008: 186, fig.3) (fig. 18).

Conducción del caballo. Probablemente uno de los elementos más exclusivos en el mundo vacceo fuera la posesión de este animal, en tanto en cuanto son muy pocos los conjuntos funerarios exhumados hasta el presente que incluyan arreos de caballo entre su equipamiento ultraterreno: a ciertos materiales recogidos sin contexto preciso o a los problemáticos y escasos testimonios de las tumbas

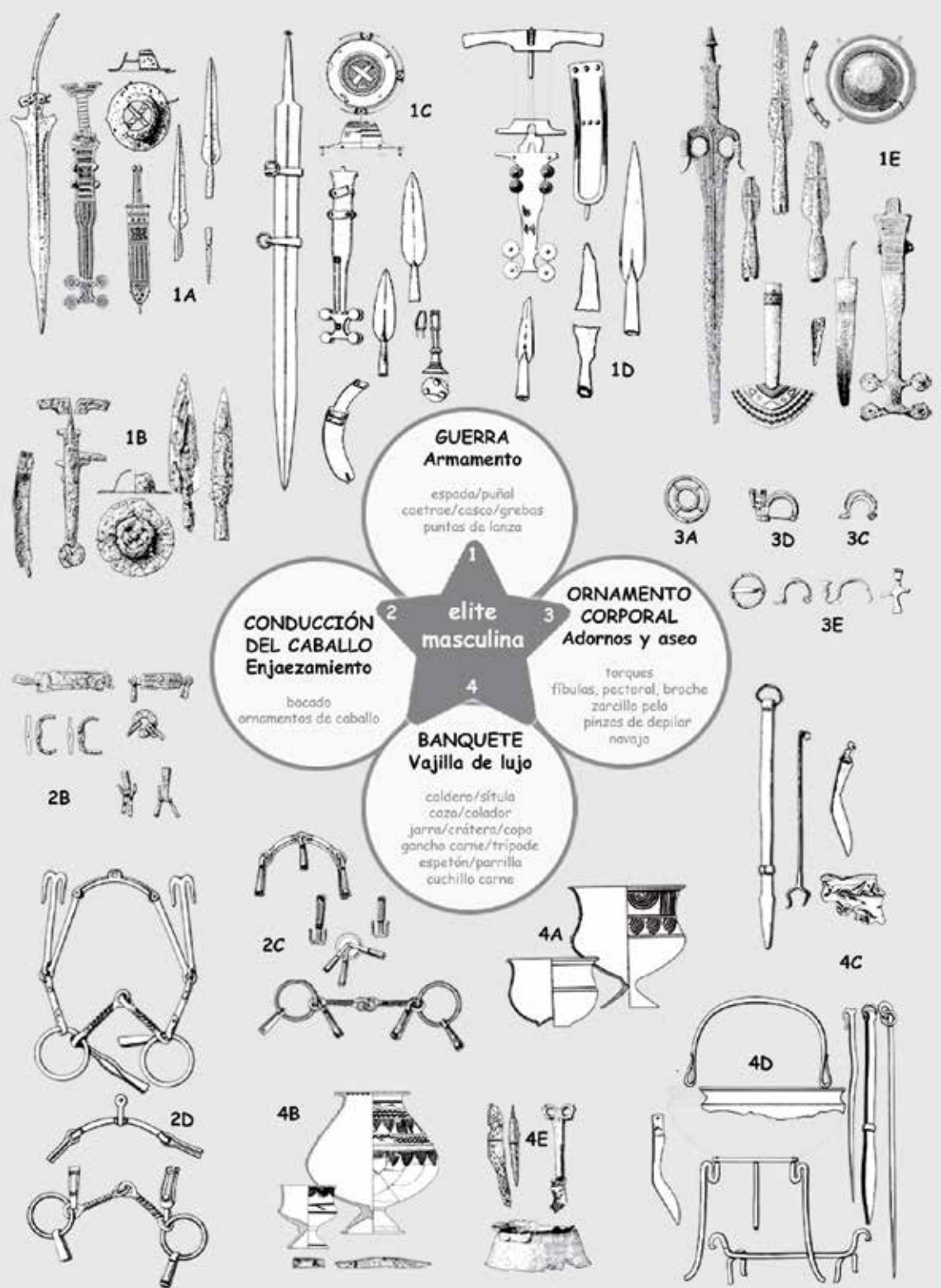


Fig. 18. Conjuntos de estilo aristocrático vacceos, vetones y autrigones que incluyen elementos de: guerra (1), ornamento corporal (2), conducción del caballo (3) y banquete (4) (esquema a partir de Brun, 2009, adaptado): Las Ruedas, tumbas 28 (A) y 75 (B); La Osera: tumbas 201, zona I/II (C) y 514, zona VI (D); Miraveche: tumba 31 (E).



Fig. 19. Ajuar guerrero con arreos de caballo *in situ* (tumba 109, de Las Ruedas).

24, 28 y 56 (Sanz, 1997: 454-456), cabe añadir otros muy completos, de excavaciones posteriores, como los obtenidos en las tumbas 75 (Sanz *et al.*, 2003a), 109 (Sanz, 2007) o 172. No más de media docena entre algo más de trescientos enterramientos excavados, un elemento en verdad minoritario (fig. 19).

Armas. Las espadas de tipo Miraveche constituyen, dentro de la panoplia militar, un emblema de autoridad, a juzgar por su excepcionalidad en el registro funerario pintiano. A la aparecida en la tumba 28, de la segunda mitad del siglo IV a.C. (Sanz, 1997: 75, 436), se ha venido a sumar recientemente la cantonera bronceína de una posible vaina de la tumba 86, muy alterada, y, en la tumba 308, otra posible evidencia materializada en una presunta contera de bronce con dos prótomos de caballo que estimamos pudiera corresponder a las elaboradas vainas de este tipo de espada, dentro de un conjunto señero constituido por cuarenta piezas, que nos remite a una cronología ligeramente posterior, siglo III a.C. (Sanz y Rodríguez, 2019) (fig. 20).

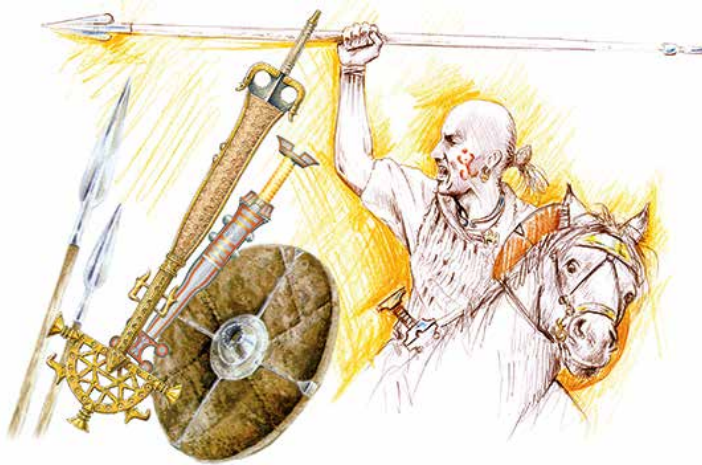
En cualquier caso, son los puñales, en sus variantes de tipo Monte Bernorio (siglos IV-III a.C.) y de filos curvos o Villanueva de Teba (siglos II-I a.C.) los que, en unión de las *caetrae* de tipo Monte Bernorio y puntas metálicas de

lanzas y jabalinas, tendrán una especial representación en el ámbito funerario (Sanz, 1990; 2002; 2010b; 2016).

Como hemos señalado ya en otras ocasiones (Sanz, 2010a: 357), la sociedad vaccea sería en su conjunto campesina pero, acorde a dicha ética agonística, priorizaría para la vida ultraterrena el componente simbólico guerrero materializado en las armas, de las más básicas o simples a las más complejas y sofisticadas, según su estatus social. Y no solo eso, la economía cerealista extensiva que desarrollaron y cuyo excedente les permitió comerciar con otros territorios hubo de ser un permanente elemento de atracción desde otros focos carentes de dichos recursos; no en vano las fuentes nos hablan de razias. Se trataría también, como en el caso de los celtíberos, de una necesidad en un contexto conflictivo, con campesinos armados; «de hecho ocurre con frecuencia que los que llevan las armas y los que cultivan el campo son los mismos» (Aristóteles, *Política*, IV, 4, 15; citado en Burillo, 2015: 326).

Ornamento. Entre los elementos de esta categoría debemos destacar un colgante pectoral en bronce constituido por una doble rueda con cuatro radios, presente en las tumbas 28 (varón sexagenario, con panoplia muy completa que incluye espada Miraveche) y 86 (muy alterada), como también en la femenina tumba 11 asociado a cuentas de collar de vidrio formando collares. Por los colgantes an-

Fig. 20. Armamento vacceo.



tropomorfos recuperados en el poblado de La Hoya (La guardia, Álava) sabemos que se disponían sobre el pecho apareciendo sujetos por unas cintas cruzadas o también formando collares. Por su parte, las fíbulas debieron de constituir otro elemento de especial significación, con cierta función heráldica. En la necrópolis de Las Ruedas se han recuperado más de trescientas fíbulas de variada tipología (anulares hispánicas, de doble resorte de puente en cruz, de pie alzado con botón terminal, de disco, con esquema de La Tène, zoomorfas, en omega, etc.) que constituyen, después de Numancia, la más cuantiosa colección de toda la península Ibérica; lamentablemente solo un diez por ciento de ellas se benefician de un contexto preciso que remite siempre a tumbas de importancia notable, tanto de varones como de mujeres o individuos infantiles.

Las navajas de afeitar (tumbas 84, 95, 156, 172, 184, 187, 272, 288, 316, etc.), pinzas de depilar (tumbas 105, 156, 169, 172, 198, 272, 288, 289, 316, etc.), tijeras (tumbas 136, 174, 183, etc.) y, excepcionalmente, escarboidos representan asimismo otros de los ítems que comparecen en las sepulturas más destacadas, como parte esencial del aseo personal y del cuidado de la propia imagen a transmitir. A excepción de las navajas, que parecen exclusivas de tumbas de varón, los otros elementos de aseo concurren también en ajuares de mujeres e infantiles (fig. 21).

Fig. 21. Diversos elementos de aseo personal: navajas de afeitar, escarboidos y pinzas de depilar (necrópolis de Las Ruedas).



No poseen presencia en el registro funerario, sin embargo, los objetos de orfebrería ligados a estas elites, que en *Pintia* conocemos bien a través de la zona de hábitat de Las Quintanas (Delibes, *et al.*, 1993; Sanz, Prieto y Avella, 2016), aunque, como luego comentaremos, sí ofrecen un peculiar reflejo, por lo que hasta ahora sabemos, en las tumbas infantiles de alto estatus. Este tipo de objetos (torques, brazaletes espiraliformes, pulseras, arracadas, zarcillos para el pelo, fíbulas, etc., realizados en plata y oro para los de mayor y menor formato, respectivamente) parece que pudieron pasar de generación en generación, como herencias entre los vivos, tal y como algunos ejemplares de fíbulas anulares hispánicas tuneadas vendrían a demostrar (Sanz y Carrascal, 2016: 34), sin que en ningún caso acompañaran a los finados.

Banquete. En cuanto a la cuarta categoría, la necrópolis de Las Ruedas ha rendido un extenso elenco de tumbas con piezas relacionadas con el fuego y el procesado de la carne y la bebida, que nos remiten al concepto del banquete funerario, un ritual compartido por hombres, mujeres e individuos infantiles con cierto estatus (Romero, Sanz y Górriz, 2009; Sanz *et al.*, 2009; Sanz, Romero y Górriz, 2010; Górriz, 2010).

Entre los conjuntos metálicos cabe señalar: parrillas, pinzas para el fuego, cuchillos de carne, espetones, trébedes y cazos o *simpula* (fig. 22), cuya miniaturización expresa bien a las claras la normativización simbólica de estos componentes en el ritual funerario, circunstancia extensible a unas cajitas zoomorfas talladas en barro, unas veces cocidas y decoradas con técnica excisa, que debieron de gozar de una gran aceptación como contenedor de sal y/u otras especias sazonadoras, a juzgar por su extensiva presencia en la necrópolis de Las Ruedas, con cerca de tres centenares de ejemplares hallados (fig. 23) (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014; 2017; 2019).

Los servicios cerámicos de bebida, sin embargo, mantienen su carácter funcional o real, no miniaturizado por tanto. Entre ellos algunas excepcionales copitas de importación producidas entre los siglos IV y II a.C. —áticas de barniz negro (Sanz y Campano, 1987), púnicas de barniz rojo y campanienses—, pero sobre todo recipientes de producción local, como crateriformes, ja-

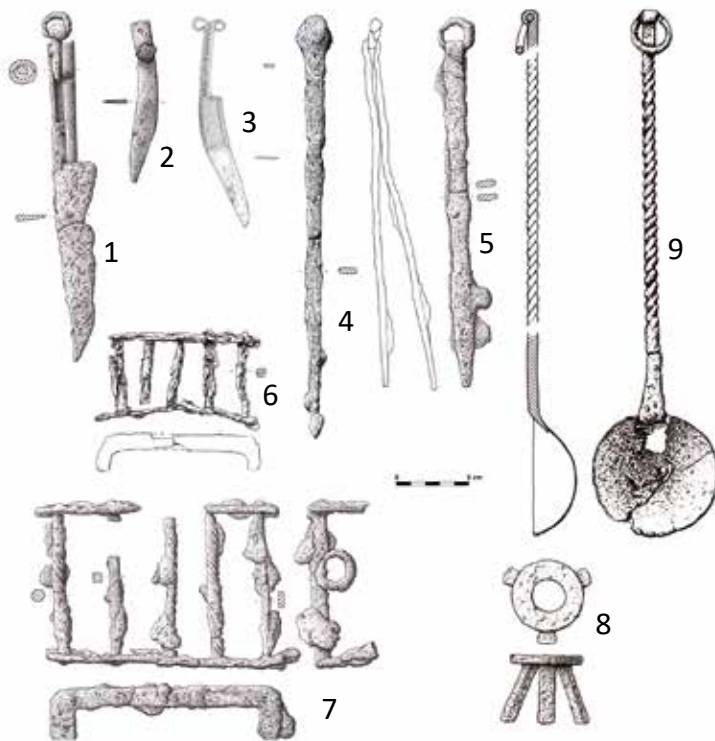
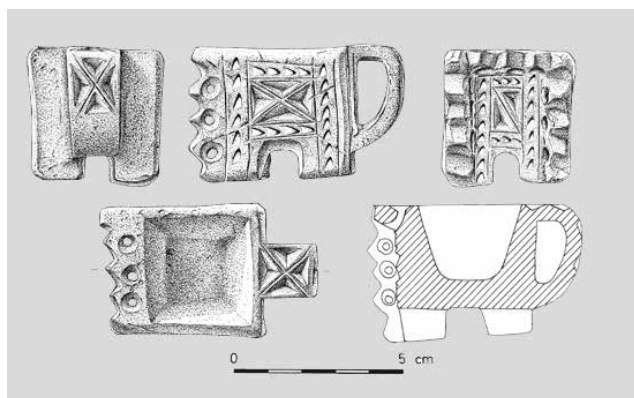


Fig. 22. Elementos metálicos relacionados con el banquete: cuchillos (1 a 3), espetón (4), pinzas para el fuego (5), parrillas (6 y 7), trébede (8) y cazo o *simpulum* (9) (necrópolis de Las Ruedas).

Fig. 23. Cajita excisa de la tumba 90 (necrópolis de Las Ruedas).



ros de pico (Sanz y Rodríguez, 2017), *simpula*, *cyathus* y esbeltas copas, que siguen modelos de inspiración mediterránea para adaptarse al consumo “civilizado” (al menos formalmente) del vino y otras bebidas alcohólicas. La presencia de vino, cerveza e hidromiel en dichos recipientes ha podido ser determinada merced a los análisis de residuos practicados en los mismos (Sanz *et al.*, 2003c) (fig. 24).

Fig. 24. Jarro de pico y anforiforme relacionados con el servicio del vino, entre otros materiales (tumba 128 de la necrópolis de Las Ruedas).



5. Báculos de distinción

La excavación de 2009 en la necrópolis de Las Ruedas proporcionó una tumba singular en un magnífico estado de conservación, la 216 (Romero *et al.*, 2011; Sanz y Rodríguez, 2017: 27-28), constituida por tres recipientes hechos a mano (una botella y dos vasitos de perfil bitroncocónico de borde reentrante); y doce cerámicas hechas a torno, de las cuales ocho son finas pintadas (un cuenco, tres vasos de perfil en ese, una taza, dos botellas y un jarro de pico) y cuatro ollas toscas o comunes. Dentro de una de éstas, que cumplía la función de urna cineraria, se depositó un báculo de hierro y al exterior el resto de los metales, también de hierro: dos tijeras y dos elementos relacionados con el fuego (unas pinzas y un posible atizador) (fig. 25).

En lo tocante al báculo, este ejemplar se encuadra entre los de tipología más sencilla: empuñadura tubular seguida de una horquilla de extremos vueltos de los que se suspende una anilla, frente a otros más complejos, bien conocidos en Numancia, que representan sendos prótomos de jinetes contrapuestos (Lorrio, 2010). Interpretados en algunos casos como verdaderos *signa equitum*, su aparición en tumbas sin armas, como la pintiana, ha llevado a pensar que se tratara más bien de báculos, al estilo del que porta el jinete del cipo de un monumento funerario ibérico tipo pilar-estela, que se habría erigido sobre una sepultura principesca en la necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), o de los ases de la ceca de *Seteisken*.

Los otros hierros asociados al báculo de distinción, presentes en la tumba, también merecen algún comentario, cara a desentrañar la personalidad del finado. Unos apuntan al banquete funerario (pinzas para el fuego y atizador) y refuerzan, por tanto, el papel destacado de este personaje; las tijeras duplicadas podrían aludir tanto al aseo personal como al esquila de la lana de las ovejas. Nos inclinamos por esta última opción en la idea de su tamaño, ya que en la necrópolis de Las Ruedas existen ejemplares más pequeños, fáciles de asimilar al aseo personal, y otros como los de la tumba 216 de dimensiones mayores; y aunque no lleguen a alcanzar las reales, pensamos que podría tratarse de tijeras miniaturizadas,



Fig. 25. Tumba 216 de la necrópolis de Las Ruedas: 1. *In situ*. 2. Conjunto. 3 y 4. Báculo de distinción, dentro de la urna cineraria en contacto directo con los restos óseos cremados del difunto.

fenómeno que observamos en otros ajuares como las pinzas para el fuego o las parrillas. Así, la presencia de estas tijeras, digamos de formato medio, podrían estar simbolizando cierto control y beneficio de la lana del ganado ovicaprino. Proponemos tal interpretación en la consideración de que la explotación de un recurso como la lana, constitutiva de una industria textil muy desarrollada en estos momentos —recordemos los 10.000 sagos o mantos fabricados en *Intercatia* para satisfacer el tributo de guerra a los vencedores romanos (Apiano, *Iber.* 54)—, pudo tener algún tipo de control por parte de personajes con cierta autoridad no vinculada al ejercicio de las armas, como el individuo de la tumba analizada. La

tumba 40 de Numancia viene en auxilio de esta hipótesis, al contar entre sus ajuares, además de con un báculo de tipo sencillo y dos tijeras, con nada menos que seis agujas de coser (Jimeno *et al.*, 2004: 373), elemento simbólico, junto con la fusayola, de la función textil por excelencia, habitualmente utilizado para destacar la presencia femenina en la tumba, como veremos en el siguiente apartado.

6. La función textil: un vínculo estrecho con las mujeres en la Antigüedad

La presencia de tumbas dobles, como la 30, en la que se distinguen claramente en un mismo *loculus* las urnas cinerarias de un hombre y una mujer, y el conjunto de ajuares y ofrendas que les acompañaron por separado, resulta muy interesante por cuanto nos permite la reconstrucción de los rangos sociales en su dimensión horizontal. Dicho de otra forma, podemos ver, en este caso concreto, qué correspondencia se establece entre un varón guerrero de cierto nivel y su consorte femenina, y así frente a los 17 objetos de uno encontramos 7 para ella, diferencia que se hace más acusada en la consideración de piezas metálicas incluidas: 6 a 1.

Con todas las cautelas necesarias, y dado que la determinación antropológica de sexo y edad no es tarea sencilla cuando se trabaja con cremaciones, podemos indicar que los ajuares de las mujeres más destacadas incluyeron conjuntos con un número reducido de metales y abundante cerámica, e incorporaron de forma simbólica objetos que tuvieran que ver con la actividad textil, ya se tratara de agujas de coser de hierro y bronce, fusayolas o carretes de hilo cerámicos, pero en ningún caso *pondera* o pesas de telar, que solo hallamos en el hábitat. La asociación de armas y fusayolas, con no ser habitual, se produce por ejemplo en tumbas como la 150 o 151 (Sanz y Romero, 2009a: 8-9); sin embargo, en ningún caso hemos encontrado hasta el presente armas asociadas a agujas de coser o a carretes de hilo (fig. 26).

Fusayolas, *pondera*, tensadores de hueso, telares de placas y posibles carretes de hilo son algunos de los elementos relacionados con la actividad textil que comparecen en las tumbas ibéricas. La historiografía tradicional asi-

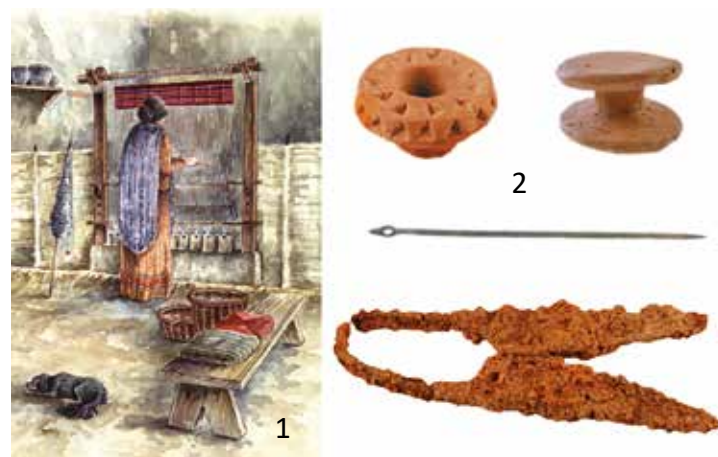


Fig. 26. 1. Reconstrucción de un telar vertical de la ciudad de Las Quintanas (dibujo de L. Pascual Repiso-CEVFW). 2. Elementos de actividad textil representados en contexto funerario en Las Ruedas: fusayola, carrete, aguja de coser y tijera.

milaba la presencia de tales objetos a tumbas femeninas. Sin embargo, puede observarse una casuística variada en diversos cementerios: los porcentajes de tumbas sin armas con ítems textiles alcanzan en Cabezo Lucero solo un 12%, mientras que en El Cigarralejo el 51%; contrariamente, tumbas con armas y con ítems textiles hasta el 27% en Cabezo Lucero, un 19% en El Cigarralejo y un 16% en Cabecico del Tesoro (Rafel, 2007: 129).

La presencia excepcional de estos objetos en tumbas masculinas ibéricas no resta el valor simbólico de referencia a la mujer. En términos generales el hilado y el tejido se han identificado como exponentes de género y estatus femenino en el mundo ibérico, con representaciones iconográficas en cerámicas de San Miguel de Liria bien explícitas (Izquierdo Peraille, 2008). La representación de fusayolas en algunas tumbas con armas no supone argumento de peso contrario a esta idea, ya que bien pudiera interpretarse como ofrendas y no ajuares personales o pertenencias propiamente dichas. El carácter simbólico de las fusayolas en relación con los ritos de tránsito, sobre todo matrimonio y muerte, podría explicar igualmente su presencia en tumbas masculinas (Risquez y García, 2007: 156). Bien es cierto que estos materiales textiles podrían ofrecer asimismo una lectura menos simbólica y más práctica, que aludiera al te-

jido como elemento productivo con una dimensión económica, política y social (Rafel, 2007: 135). Perspectiva expresada con intensidad en el ajuar principesco femenino de la tumba 200 de El Cigarralejo, con un completo ajuar en el que la función textil parece querer expresar más la realidad económica del control de una actividad como la referida que su mera asociación a la actividad femenina (Rísquez y García, 2007: 155-163).

Junto a dicho concepto textil, de marcada simbología femenina, las mujeres preeminentes participaron además de dos de las categorías del “estilo de vida aristocrático”: ornamento corporal y banquete, a las que ya nos hemos referido en el anterior apartado, por lo que prescindiremos ahora de su reiteración.

7. La muerte prematura y su simbolización funeraria

La muerte contranatura obliga a los padres a enterrar a los hijos. Pocos hechos pueden contravenir de una manera tan flagrante el cosmos, el orden de las cosas. Sin hijos que preserven la memoria de los padres, la muerte queda subvertida. Y lógicamente, cabe pensar que cuanto más tiempo haya estado la joven vida compartiendo espacio y afectos entre los adultos, mayor reflejo de duelo veremos en el enterramiento; podríamos hablar de la construcción del apego, del cariño que hace el roce, a la que habría que añadir, en el caso de las clases dirigentes, la frustración dinástica, dentro de una sociedad patriarcal en la que la mujer se mueve a otras comunidades para sancionar relaciones estratégicas. Tal infortunio se expresa en un desmedido conjunto de ajuares y ofrendas funerarias que hacen de algunas de estas tumbas las de mayor número de objetos de todo el cementerio de Las Ruedas.

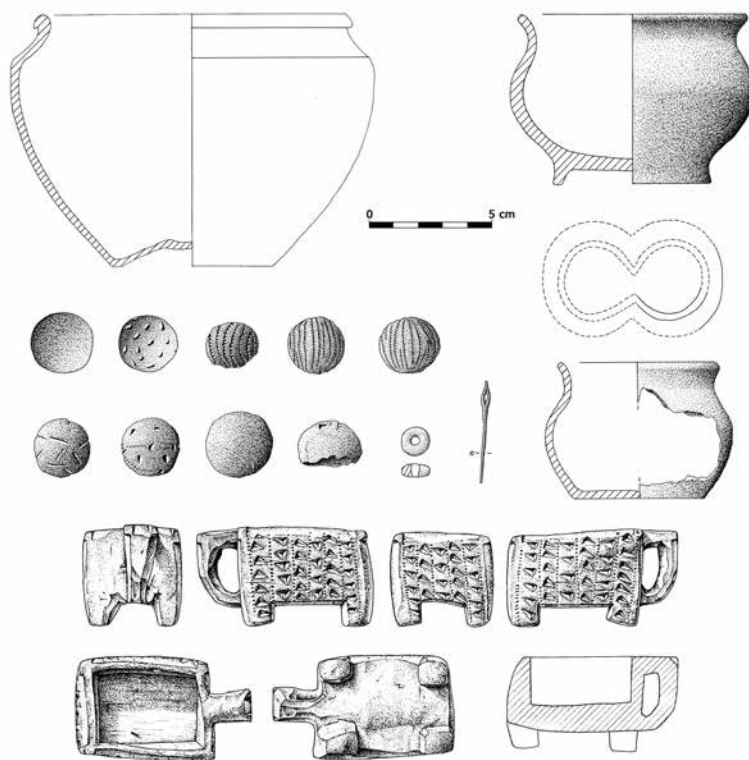
Para entender lo que decimos, analizaremos de manera selectiva las tumbas 12, 90, 127b y 153, correspondientes a individuos infantiles de 1-2, 3, 7 y 13-20 años, respectivamente, todos, a excepción de la tumba 90, con agujas de coser y, por tanto, probablemente vinculadas a la condición femenina. Resulta patente que los niños muertos tras el parto o a los pocos días, enterrados en la intimidad de la casa, carecían de ajuares u ofrendas de acompañamiento. Sin embargo, veamos la progresión del número de

piezas presentes en la selección de tumbas aludida: 15, 31, 69 y 114, respectivamente, lo que en términos generales viene a significar que se doblan el conjunto de ofrendas y ajuares al tiempo que la edad del individuo.

Si entramos a analizar la constitución de los ajuares y ofrendas de estos depósitos infantiles, veremos que existen diferencias netas también en la composición según la edad alcanzada, pareciendo que los siete años representan un paso determinante hacia el mundo de los adultos.

Tumba 12 (fig. 27). Individuo infantil de uno o dos años, contaba con dos vasitos hechos a mano, la urna cineraria torneada tosca, una cajita-salero, nueve esferas o canicas (siete cerámicas, una pétreo y otra de betún), una cuenta de collar de vidrio azul y una aguja de coser de bronce (Sanz, 1997: 60-61, fig. 36).

Fig. 27. Tumba 12, necrópolis de Las Ruedas.



Tumba 90 (fig. 28). Infantil de unos tres años (Sanz y Diezhandino, 2007), incluía entre sus treinta y un objetos cerámicos dos grupos de elementos: el primero, al que podría calificarse como una verdadera juguetería, estaba integrado por nueve recipientes-miniatura (cuatro vasitos, un cuenquecito y cuatro botellitas, imitación de cerámicas torneadas finas anaranjadas, en las que incluso se reproduce el umbo mediante un rehundido por presión digital) y tres cajitas zoomorfas, dos sonajas de carrete y nueve canicas; el segundo, compuesto por recipientes de tamaño no muy grande pero funcionales, serviría a las ofrendas viáticas y estaba constituido por dos botellitas hechas a mano y decoradas a peine, un vaso y dos botellas de cerámica torneada fina anaranjada, más dos ollas torneadas toscas, una de ellas empleada como urna cineraria. Resulta interesante observar cómo en la tumba de un niño de tres años de cierto estatus social, los juguetes tienen una marcada presencia —“cacharritos” (tal vez también las canicas), con posibles funciones de protección (sonajas) (Sanz *et al.*, 2009a) o relacionados con el banquete funerario (sales-especieros) (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2019)—, junto a los objetos prácticos de la “vida real” incluidos como contenedores de diversos productos viáticos.



Fig. 28. Tumba 90, necrópolis de Las Ruedas.

Tumba 127b (fig. 29). Representa un salto cualitativo, al tiempo que cuantitativo, en los sistemas de representación funeraria. Pese a tratarse de una niña menor, de unos siete años

de edad, muestra un abultado ajuar, con sesenta y nueve objetos, cuya conformación en nada o casi nada difiere del de un adulto, lo que parece indicar que dicha edad pudiera constituir todo un umbral en el camino hacia la madurez social. Contabiliza trece cerámicas torneadas pintadas (copa, dos jarras de pico, taza, tres cuencos, cinco botellas abombadas y una gran cazuela profunda de asas horizontales), dos ollas torneadas toscas (una de ellas urna cineraria), cuatro cerámicas hechas a mano (dos fuentes ovaladas de tonos oscuros y decoración a peine; más otra pareja de pequeños recipientes en color anaranjado, un catino troncocónico y uno cilíndrico, éste con una marca icónica incisa); una cajita zoomorfa, un sonajero y diecinueve canicas de cerámica (catorce de ellas decoradas); entre los objetos pétreos: cuatro canicas calizas y una cuenta de ámbar báltico (ésta última debió de complementarse con tres cuentas elipsoidales de pasta vítrea azul y otros seis colgantes bronceos configurando una especie de gargantilla); adornos metálicos a los que habría que añadir seis fíbulas (cinco de bronce y una hierro) —de las que destaca una con una magnífica cabeza de lobo con cristales de cuarzo blanco pegados en los ojos— y una pulserilla de bronce; una aguja de coser y dos grapas hemisféricas, completan los objetos en bronce; como testimonio del banquete funerario se incluyó también una parrillita y sus pinzas de fuego correspondientes; por último, un huevo de gran tamaño (probablemente de ánade) pintado en dos tonalidades de rojo remata el conjunto. Entre las ofrendas faunísticas se pudieron recoger cinco grupos de huesos que, una vez estudiados, han permitido identificar: un óvido-cáprido inmaduro y un lepórico adulto (Sanz, 2015).

Fig. 29. Tumba 127b, necrópolis de Las Ruedas.





Fig. 30. Tumba 153, necrópolis de Las Ruedas.

Tumba 153 (fig. 30). Corresponde a una probable mujer juvenil y pasa por ser, con 114 piezas, el conjunto más cuantioso de los obtenidos hasta el presente en la necrópolis de Las Ruedas. Hay un total de cincuenta y ocho vasos cerámicos —dieciséis fabricados a mano y cuarenta y dos a torno; destacando de entre estos últimos veintidós botellitas o ungüentarios—; posee además un amplio elenco de producciones cerámicas singulares: seis cajitas zoomorfas, dos *tintinnabula*, una gran canica-sonaja, una fusayola, veinticinco canicas (veintidós de cerámica, dos de barro y una de granito), ocho colgantes cerámicos y una fíbula anular hispánica! (réplica excepcional de un modelo metálico). Incluye también adornos personales como una cuenta de collar de ámbar, y, en bronce, dos anillas, dos colgantes de tipo aguja y una fíbula simétrica, más un tirador de hierro tal vez correspondiente a una arqueta o cajoncito de madera; además, también en bronce, dos agujas de coser. Finalmente, realizando la importancia de la tumba, hasta siete grupos de ofrendas de carne, recuperados en el interior de algunos vasos, y una cáscara de huevo, completan las ofrendas.

Tumbas 127b y 153. Pese a la importante diferencia del número de objetos entre estas dos tumbas, 127b y 153, analizamos de manera conjunta la categorización y comparación entre sí de las ofrendas y ajuares de ambos enterramientos, ya que comparten elementos simbólicos referidos a cuestiones de género, condición social, edad, adorno y

ostentación, protección o profilaxis, regeneración en el más allá, etc.

La expresión aristocrática. Ambos conjuntos se encuentran, como ya hemos indicado, entre los más notables de los documentados hasta el presente en el cementerio de Las Ruedas, lo que, combinado con la corta edad de sus protagonistas, nos habla de estatus social heredado.

La presencia de elementos metálicos se ha revelado como un criterio importante para discriminar el rango en esta necrópolis (Sanz, 1997: 483); así la inclusión en las dos tumbas de fíbulas, colgantes, parrilla, pinzas, agujas de coser, pulsera o anillas, expresa con claridad su riqueza.

Asimismo, ciertas imitaciones de joyas hechas en cerámica —zarcillos para el pelo de 127b y fíbula anular his-

Fig. 31. 1. “Joyas” de barro de las tumbas 127b y 153 (necrópolis de Las Ruedas). 2. Zarcillos para el pelo en cerámica (tumba 127b). 3. Anillas para el pelo en bronce (tumba 153). 4. Zarcillos en oro del tesoro de Arrabalde (Zamora). 5. Fíbula anular hispánica de barro (tumba 153). 6. Fíbula áurea de San Martín de Torres (fotografía Museo de León).



pánica cerámica y abalorios cerámicos de 153— no pueden entenderse de otra manera que como indicadores de estatus con un marcado carácter simbólico. En efecto, estas réplicas de barro sustituyen a las piezas áureas originales que se mantienen en el mundo de los vivos y las cuales habrían de haber sido disfrutadas en vida por sus legítimas herederas, de no haberlas alcanzado la muerte de manera tan prematura (Sanz y Romero, 2009b; Romero y Sanz, 2010) (fig. 31).

Por último, en el caso de la niña de la tumba 127b, no puede olvidarse su asociación sincrónica a los enterramientos de las mujeres de 127a y 128 (Sanz, 2012a; 2012b), con un despliegue sacrificial espléndido que incluyó el consumo de bóvido, suido, ovido-cáprido, lepórido y ¡perro!, éste último extraordinario en el conjunto del cementerio y con un especial significado simbólico, como ya hemos señalado.

Objetos que expresan condición femenina y/o infantil. Agujas de coser y fusayolas cerámicas o contrapesos del huso de hilar, constituyen objetos explícitos de la actividad textil vinculada en la Antigüedad a la mujer. Ambas sepulturas cuentan con agujas de bronce, una en 127b y dos en 153, teniendo que sumar a ésta última una pequeña fusayola cerámica, de forma troncocónica decorada con impresiones.

La condición infantil-juvenil de uno y otro conjunto podría quedar expresada en la inclusión de dos zarcillos cerámicos para el pelo en 127b (fig. 31: 2), que imitan joyas áureas, y de dos anillas sogueadas bronceas en 153 (fig. 31: 3). Los peinados y tocados en relación a la edad se conocen en el mundo ibérico gracias a su escultura: las “damitas” de la necrópolis del Corral de Saus de Moixent (Valencia) ilustran a la perfección la apariencia de las jóvenes íberas de alto estatus con un peinado de largas y gruesas trenzas rematadas en anillas (Izquierdo Peraile, 1999) que recuerdan a estas piezas vacceas.

Las canicas o bolas de cerámica —23 en la tumba 127b y 25 en la 153 (fig. 32)—, aunque conocidas en contextos muy diversos desde el Neolítico a la Edad del Hierro, se prodigan entre los vacceos en enterramientos infantiles (siempre en mayor cantidad), pero también en los de adultos masculinos o femeninos. Dicha circunstancia dificulta en nuestro caso la interpretación dada a este tipo de esferoides en enterramientos infantiles ibéricos, siguiendo



Fig. 32. Esferoides o canicas de la tumba 153 (necrópolis de Las Ruedas).

modelos áticos, como el 51 de Turó dels Dos Pins, con una de estas canicas decoradas de cerámica, como atributos infantiles y femeninos en soltería, ofrecidos poco antes de la boda a Perséfone como símbolo de la infancia que se deja atrás (Chapa Brunet, 2003: 128-129).

Objetos que expresan tradiciones de origen: cerámicas urdidas y reliquias. Entre las producciones cerámicas llaman poderosamente la atención las urdidas o hechas a mano, sobre todo para conjuntos como el 127b o 153 que cabe situar cuando menos en la segunda mitad del siglo II a.C. si no más adelante. En tal momento y en contextos poblacionales, estos objetos prácticamente se desconocen, pero en el ambiente funerario se mantienen con una finalidad estrictamente simbólica, hasta el punto de que la mayoría de ellos ni siquiera se cuecen. Constituyen testigos de otro tiempo y de rituales ancestrales que sobreviven en un contexto por definición refractario a los cambios.

El concepto de "reliquia" en Arqueología hace referencia a objetos cuya cronología antigua resulta discordante en un contexto claramente más tardío. Un ejemplo extraordinario es la vaina damasquinada de un puñal de tipo Monte Bernorio vinculado a la aristocracia guerrera, hallada en una casa de *Pintia* del siglo I d.C. pero cuya cronología de producción en el siglo IV a.C. nos habla de la transmisión de la misma a lo largo de unas veinte generaciones (Sanz, 2008). Como tales pueden ser consideradas la

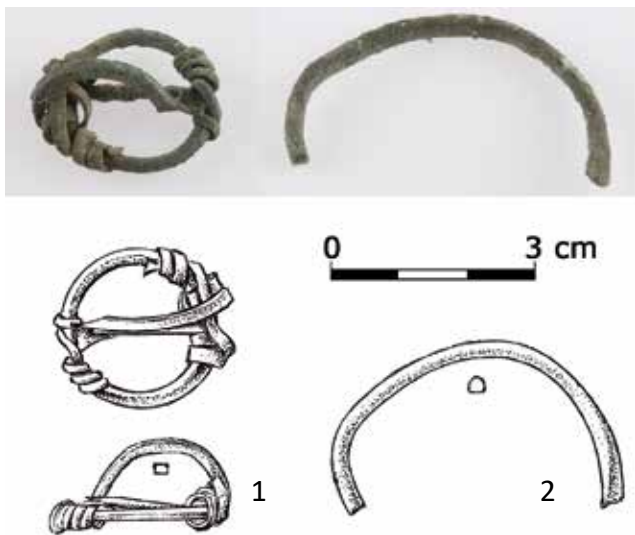


Fig. 33. Posibles reliquias de la tumba 127b: 1. Fíbula anular hispánica de bronce. 2. Pulserilla bronceína.

fíbula anular hispánica y la pulserilla de bronce de la niña de la tumba 127b, ya que la primera responde a un modelo antiguo, datable en el siglo IV a.C., de igual manera que este tipo de pulserilla comparece en el cementerio de Las Ruedas en los niveles más antiguos de la estratigrafía horizontal (fig. 33) (Sanz, 1997: 401-402).

La perduración en el tiempo, en unos y otros contextos, de piezas del siglo IV a.C. no debe sorprender, ya que es en ese momento en el que se gesta la idiosincrasia del mundo vacceo y, en consecuencia, los mitos fundacionales o conceptos cosmológicos que explicaban el universo vacceo pudieron formalizarse en determinadas materialidades, usos o costumbres.

Cerámicas vasculares torneadas y otros elementos de carácter viático y/o vinculados al banquete funerario.

Las cerámicas torneadas, predominantes en estas tumbas y etapa del cementerio, muestran una cierta estandarización de gestos rituales, mediante la repetición de formas en uno y otro conjunto que, en buena lógica, se asociarían a productos o contenidos concretos.

Así, en primer lugar, en los conjuntos más relevantes del cementerio es habitual la presencia de un gran re-

cipiente *crateriforme* —más raramente dos— que destaca del resto por su tamaño y capacidad: en 153 existen dos (con una capacidad de 6.800 ml entre ambos), en 127b uno solo, una especie de caldero cerámico con dos asas (7.500 ml); los estudios realizados en vasijas similares de Las Ruedas señalan la presencia de bebidas alcohólicas como el vino, la cerveza o la hidromiel (Sanz *et al.*, 2003: 155-157). Unos pequeños vasitos —dos en la tumba 127b, uno cilíndrico (150 ml) y otro troncocónico (75 ml), urdidos ambos y cocidos en ambiente oxidante, lo que les proporciona un característico color anaranjado— se relacionan habitualmente con estas vasijas de gran formato y hacen acreedoras a tales piezas de su condición de toscos *cyathus* o cacitos, para sacar líquidos de estos grandes recipientes, de acuerdo a una medida (50 unidades de volumen del vasito cilíndrico equivaldrían a la capacidad del caldero de 127b) (fig. 34). No encontramos equivalente en la tumba 153, a no ser un fondo recortado de una vasija torneada que podría haber hecho las veces (40 ml).

Pudiera llamar la atención la inclusión de bebidas alcohólicas en ajuares infantiles. Sin embargo, parece que aquí primó la condición aristocrática, ya que rastreamos otros servicios cerámicos asociados a la bebida y el ban-

Fig. 34. Recipiente torneado pintado de gran formato y vasito urdido cilíndrico de la tumba 127b (necrópolis de Las Ruedas).

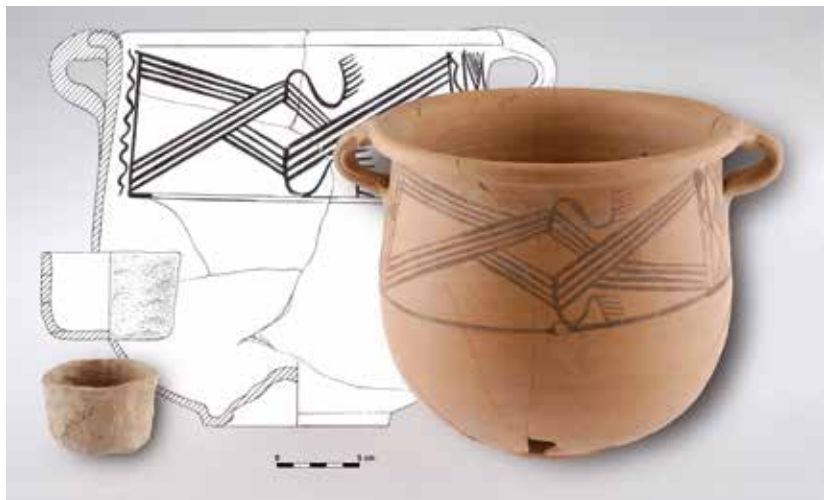




Fig. 35. Comparativa de volumen de jarros de pico (Necrópolis de Las Ruedas): 1. Tumba 128 (mujer adulta). 2. Tumba 127b (infantil, 6-7 años).

quete: dos jarros de pico y una copa en la tumba 127b, y junto a ellos otros elementos característicos del procesado de los alimentos como puedan ser una parrilla y unas pinzas para el fuego, ambas miniaturizadas, y una cajita salero-especiero. Ya hemos señalado cómo el ritual del banquete funerario se extendió no solo a los guerreros aristócratas, sino también a sus consortes y descendencia.

En lo que respecta a los jarros de 127b cabe destacar su tamaño pequeño, expresado en 410 y 500 ml, esto es, entre un tercio y una cuarta parte de capacidad de los mayores que comparecen en otras tumbas (fig. 35); este reducido tamaño tal vez podría obedecer al carácter infantil de la ofrenda; llamativo igualmente que una de estas jarras

estuviera completamente impregnada de ocre (¿reforzando la idea del vino o su fuerza genésica?). En este sentido podemos señalar que en el *silicernium* de la tumba 20 de Los Villares se descubrieron tres pequeñas jarritas o *coes* griegas, decoradas con temas infantiles, con las cuales los niños de tres y cuatro años eran obsequiados en Grecia en la fiesta dionisiaca de las Antesterias. El hallazgo sorprende en un contexto ibérico, ya que tal tipo de piezas no solía ser objeto de exportación; su presencia, no obstante, no se considera casual, e independientemente de que pueda mantenerse total o parcialmente el paralelismo, debieron de ser adquiridas para destinatarios infantiles de la unidad familiar (Chapa, 2008: 631-632).

El grupo de los cuencos, bien representado en ambos conjuntos —con seis (6.500 ml) en 153 y tres en 127b (2.490 ml)—, podría contener productos lácteos, frutos carnosos en miel y cereales, de hacer extensivos los resultados obtenidos en tumbas como la 20 y 29 de Las Ruedas (Sanz *et al.*, 2003c: 155).

Las ollas toscas cumplieron la función en ambos casos de urna cineraria, pero también sirvieron como contenedores de ofrendas faunísticas (ovicáprido joven). No debe olvidarse, por último, los propios restos de fauna correspondientes a lagomorfo y ovicáprido en ambas tumbas, más suido en 153, que ilustran el banquete funerario.

Botellas-ungüentarios en relación con el aseo personal. En la tumba 153 destacan con luz propia las veintidós botellas-ungüentarios cerámicas de boca de seta y cuerpo abombado; de todos estos pequeños recipientes de coloración anaranjada y sencillo trazo helicoidal pintado en óxido de manganeso, sorprende uno con un acabado bruñido y cocción reductora que le otorga un intenso color negro, asimilándolo a las llamadas producciones torneadas negras bruñidas. La interpretación como unguentarios se debe a la detección en otros recipientes similares de tumbas de Las Ruedas de ácidos grasos (especialmente ácido oleico) y pólenes de *Rosaceae*, *Rosmarinus*, *Pinus*, *Ulmus* y *Salix* que parecen traducir la presencia de aceites vegetales (probablemente de oliva) perfumados (Sanz *et al.*, 2003c: 155, grupo V). Junto a estas botellitas observamos otras cinco de perfil muy similar pero de mayor tamaño y capacidad que tal vez pudieran



Fig. 36. Ungüentarios o botellitas en boca de seta, de la tumba 127b (necrópolis de Las Ruedas).

incluir también ungüentos. La suma de volúmenes de unos y otros nos proporciona alrededor de trece litros de aceites, cantidad que resulta completamente excepcional en el conjunto de los depósitos hasta ahora documentados en Las Ruedas.

Este grupo cerámico, aunque subrepresentado, aparece también en la tumba 127b con cinco ejemplares (tres pequeños y dos mayores) (fig. 36).

Parece posible pensar, por tanto, que esta parte de las ofrendas estuviera destinada al aseo personal mediante la aplicación de óleos sobre la piel, aunque tampoco puedan descartarse otros usos culinarios o incluso vinculados a funciones religiosas.

Adorno y protección. Mencionaremos en último término un heterogéneo grupo de objetos que debieron de cumplir funciones profilácticas.

Desde el nacimiento, los niños son objeto de cuidados destinados a su desarrollo e inserción familiar y comunitaria, defendiéndolos del mal de ojo u otros influjos negativos mediante sencillos amuletos dispuestos las más de las veces en forma de anillos, brazaletes o pendientes (Dasen, 2003). Con dicha finalidad cabe entender que ambas niñas contarán con gargantillas construidas con abalorios de diversa naturaleza y tipología. En el caso de 127b por diez objetos: tres cuentas elipsoidales de pasta vítrea, una cuenta discoidal de ámbar báltico y seis colgantes bronceos —de tipo aguja, abellotados o de creciente lunar con anillas sus-



Fig. 37. Diversos colgantes (vidrio, ámbar y bronce) de una gargantilla que portaría el individuo infantil de la tumba 127b (necrópolis de Las Ruedas).

pendidas— (fig. 37). Por su parte, la niña del enterramiento 153 contaba con once colgantes: dos bronceos de tipo aguja, otra cuenta de ámbar también procedente del área báltica (Prieto y Sanz, 2015) y ocho abalorios de barro, probablemente imitaciones de piezas de orfebrería.

Debemos referirnos a continuación a fíbulas cuya naturaleza protectora, aparte de la funcional de sujeción de las vestimentas, resulta muy evidente. La tumba 127b cuenta con una de cabeza de lobo broncea con ojos de cuarzo blanco, cuya disposición sobre la vestimenta ofrecería una contemplación similar a la imagen completa en perspectiva cenital del zoomorfo cuadrúpedo presente en diversos soportes vacceos, con un marcado carácter protector (fig. 38). La propia reliquia de fíbula anular hispánica broncea de esta misma tumba a la que nos hemos referido podría estar convocando un sentido benefactor genealógico, ancestral.

Un sentido protector vemos igualmente en las sonajas —una circular incisa/impresa en 153 y otra cilíndrica excisa en 127b— o en la pareja de *tintinnabula* con anillas suspendidas de 153. El universal valor del tintineo para ahuyentar a los malos espíritus quedaría reforzado en este caso por una decoración excisa exclusiva de las llamadas producciones singulares vacceas (Sanz, Carrascal y Arranz, 2019: 105-110; Sanz Mínguez, 2019: 75). En esta línea, creemos que las seis cajitas zoomorfas de 153 —más la de 127b—, y en particular una de ellas con una cabeza de car-



Fig. 38. Fibula zoomorfa con cabeza de lobo, tumba 127b (necrópolis de Las Ruedas).

Fig. 39. Huevo de oca pintado en óxido de manganeso y hierro, de la tumba 127b (necrópolis de Las Ruedas).



nero conformado su asa, debieron de tener también cierto carácter protector muy arraigado en los ritos fúnebres: la abrumadora presencia de estos objetos en el cementerio de Las Ruedas explica hasta qué punto estaba extendido y aceptado su valor simbólico/escatológico y si aceptamos su funcionalidad principalmente como saleros/especieros cabría además añadir el valor simbólico del llamado "oro blanco" en la Antigüedad como elemento profiláctico y de riqueza.

Finalmente, con un sentido protector/regenerador creemos que deben entenderse la presencia en ambas tumbas de ocre y huevos, uno de estos, el de la tumba 127b, pintado en dos tonos vinosos dividiendo en tres campos su superficie (fig. 39).

Del análisis de estas dos tumbas, 127b y 153, verdaderamente excepcionales en el conjunto del cementerio vacceo de Las Ruedas, hemos podido derivar la existencia de unos patrones comunes de constitución, con objetos que curiosamente nos remiten, en términos generales, a un ámbito de representación material similar al que podemos encontrar en las tumbas de adultos. La ausencia de jugueterías —a no ser que interpretemos como tal las canicas y las sonajas, con la dificultad añadida de su presencia también en algunos conjuntos de adultos— nos indica el grado de integración de las niñas púberes o preadolescentes en el mundo de los adultos, al menos para estas clases sociales aristocráticas.

Un contraste pertinente a esta situación se expresaría en las señaladas tumbas 12 y 90 de Las Ruedas, al inicio de este epígrafe: conjuntos que traducen cierta posición de estatus que, según el análisis antropológico, corresponden a individuos de muy corta edad, infantiles o prepúberes, con numerosos objetos cerámicos miniaturizados, verdaderas jugueterías, que muestran un tratamiento simbólico diferente para las edades más tiernas.

8. Conclusión

El mundo vacceo representa un cambio de mentalidad muy relevante en la historia de las gentes que habitaron la parte central de la cuenca del Duero y tiene su particular

expresión, en el ámbito de la muerte, en la creación de los primeros grandes cementerios que habrán de perpetuarse durante más de medio milenio. Tal circunstancia, junto a otra serie de aspectos económicos, políticos o sociales, permite hablar de un cambio de horizonte cultural.

Profundizar en los gestos fosilizados en el registro funerario de este pueblo prerromano de acusada personalidad se hace imprescindible para desentrañar sus claves culturales y comprender los valores sociales y espirituales trasladados al más allá. Con todo, el limitado conjunto de datos procedentes en su mayor parte de un único cementerio, el de Las Ruedas de *Pintia*, introduce factores muy negativos para contrastar a nivel general ciertas pautas de comportamiento ritual. Debemos, por tanto, ser cautos a la hora de considerarlos habituales en el mundo vacceo, más aún en la interpretación simbólica de determinados usos u objetos que podrían ser exclusivos de una comunidad vinculada a un determinado *oppidum*.

A través del presente texto hemos procurado acercarnos a la escatología vaccea y a los elementos simbólicos que la construyen. A falta de otros registros cementeriales vacceos con los que poder comparar los datos pintianos, confiamos en que al menos las visiones cruzadas desde otras perspectivas recogidas en este volumen puedan arrojar más luz sobre el sistema de creencias del pueblo vacceo y su manera de simbolizarlas en determinados objetos o conductas.

Bibliografía

- ANDRÉS RUPÉREZ, M. T. (2003): "El concepto de la muerte y el ritual funerario en la Prehistoria". *Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, 11, pp. 13-36.
- BERNARDOS STEMPEL, P. DE, ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2012): "Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de *Pintia* (Padilla de Duero-Peñañiel, Valladolid)". *Paleohispanica*, 12, pp. 157-194.
- BERNARDOS STEMPEL, P. DE, SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2010): "Nueva fusayola con inscripción en signario celtibérico de la necrópolis vaccea de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero-Peñañiel, Valladolid)". *Paleohispanica*, 10 (*Serta Palaeohispanica in honorem Javier de Hoz*), pp. 405-426.

- BINFORD, L. R. (1988): *En busca del pasado*. Barcelona: Crítica/Arqueología.
- BROWN, J. (1981): "The search for Rank in prehistoric burials". En R. CHAPMAN, I. KINNES y K. RANDSBORG (eds.), *The Archaeology of Death*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 25-37.
- BRUN, P. (2009): "Vino, banquete y poder en la Europa centro-occidental (siglos VI-V A. C.)". En C. SANZ MÍNGUEZ y F. ROMERO CARNICERO (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 2, pp. 67-79.
- BURILLO MOZOTA, F. (2015): "El campesinado, un modelo antropológico para el estudio de la sociedad celtibérica". En M.C. BELARTE, D. GARCÍA y J. SANMARTÍ (eds.), *Les structures sociales protohistòriques a la Gàllia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín y Enriqueta Pons. Actes de la VII Reunió Internacional de Arqueologia de Calafel (Calafel, 7 al 9 de marzo de 2013)*. *Arqueo Mediterrànea*, 14, pp. 315-336.
- CERDEÑO, M. L. (2010): "Veinte años después. El ritual funerario de los celtíberos del Alto Tajo-Alto Jalón. En F. BURILLO MOZOTA (coord.), *Ritos y mitos, VI Simposio sobre Celtíberos (Daro-ca, 27-29 de noviembre de 2008)*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 315-330.
- CHAPA BRUNET, T. (2003): "La percepción de la infancia en el mundo ibérico". *Trabajos de Prehistoria*, 60, 1, pp. 115-138.
- (2008): "Presencia infantil y ritual funerario en el mundo ibérico". En F. GUSI, S. MURIEL y C. OLÀRIA, *Nasciturus, infans, puerulus, vobis mater terra*. Castelló: SIAP - Diputació de Castelló, pp. 619-641.
- CHEVALIER J. y GHEERBRANT, A. (1986): *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- CIPRÉS, P. (2002): "Instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica". En P. MORET y F. QUESADA SANZ (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*. Madrid: Casa Velázquez. Collection Casa de Velázquez, 78, pp. 135-152.
- DASEN, V. (2003): "Les amulettes d'enfants Dans le monde gréco-romain". *Latomus*, 62, 2, pp. 275-289.
- DELIBES, G., ESPARZA, A., MARTÍN VALLS, R. y SANZ, C. (1993): "Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero (Valladolid)". En F. ROMERO, C. SANZ, y Z. ESCUDERO (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 397-470.
- ELIADE, M. (1986): *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*. Madrid: Taurus.
- GARCÍA PETIT, L. (2002): "La migration du coq: de l'extrême orient à la Métierranée". En A. GARDEISEN (ed.), *Mouvements ou*

- déplacements de populations animales en Méditerranée au cours de l'Holocène. Séminaire de recherche du thème 15 Archéologie de l'Animal, Lattes-Montpellier (29 septembre, 2000)*. Oxford: BAR International Series, 1017.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*. Madrid: CSIC.
- GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): "Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia". En F. ROMERO CARNICERO Y C. SANZ MÍNGUEZ (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 231-256.
- GRACIA ALONSO, F. (2001): "El fuego como referente de culto. Datos de la protohistoria peninsular mediterránea". *Cypselia*, 13, pp. 101-122.
- HORARD-HERBIN, M. P. (2014): "La viande de chien à l'âge du Fer. Quels individus pour quelles consommations?". *Gallia*, 71-2, pp. 69-87.
- IZQUIERDO PERAILE, M. I., 1999, "Las 'damitas' de Moixent en el contexto de la plástica y la sociedad ibérica". *Lucentum*, XVII-XVIII, pp. 131-147.
- (2008): "Arqueología, iconografía y género: códigos en femenino del imaginario ibérico". *Verdolay*, 11, pp. 121-142.
- JIMENO, A., DE LA TORRE, J. I., BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J.P. (2004): *La Necrópolis Celtibérica de Numancia*. Soria: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 12.
- LE BRAZ, A. (1893): *La Légende de la mort en Basse-Bretagne*. Paris: Éditions Honoré Champion.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2005): "El perfume en los rituales orientalizantes de la Península Ibérica". En S. CELESTINO PÉREZ Y J. JIMÉNEZ ÁVILA (eds.), *El periodo orientalizante: ruptura y continuidad: actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Madrid: CSIC; Mérida: Instituto de Arqueología, pp. 669-681.
- LORRIO ALVARADO, A. J. (2010): "Los *signa equitum* celtibéricos: origen y evolución". *Palaeohispanica*, 10, (*Serta Palaeohispanica in honorem Javier de Hoz*), pp. 427-446.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (2018): "Intervención en zonas rituales y área central vacceo-romana del *oppidum* de Desso-briga (2016/2017)". En C. SANZ MÍNGUEZ Y J.F. BLANCO GARCÍA (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas: Desso-briga, Intercatia, Pintia y Cauca*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 6, pp. 49-71.
- PINTO, J., SANZ, C. y PRIETO, A. C. (E. P.): "Presence and Applications of Bituminous Material from the Ancien Vaccae Culture: a Non-destructive Spectroscopic Study". *Congreso Internacional 2019 IMEKO TC-4 International Conference on Metrology for Archaeology and Cultural Heritage (Florenca, 4 a 6 diciembre 2019)*.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2017): "La semántica de los símbolos: prácticas funerarias en la necrópolis de Baelo Claudia". En DOS-SIER *La ville antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris*. Madrid: Casa de Velázquez. Mélanges de la Casa de Velázquez, 47-1.
- PRIETO COLORADO, A. C. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2015): "Análisis y caracterización de cuentas de collar de ámbar del Báltico en tumbas aristocráticas vacceas infantiles". *Vaccea Anuario 2014*, 8, pp. 72-77.
- RAFEL FONTANALS, N. (2007): "El textil como indicador de género en el registro funerario ibérico". En *Interpreting household practices (Barcelona, 21-24 november 2007)*. *Treballs d'Arqueologia*, 13, pp. 115-146.
- RÍSQUEZ, C. y GARCÍA LUQUE, A. (2007): "¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario? El caso de las necrópolis ibéricas". En *Interpreting household practices (Barcelona, 21-24 november)*. *Treballs d'Arqueologia*, 13, pp. 145-173.
- RIVERA ARRIZABALAGA, A. (2003-2004): "La conducta simbólica humana: Nueva orientación metodológica". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 16-17, pp. 313-335.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2010): "Réplicas en barro de la orfebrería vaccea". En F. ROMERO CARNICERO Y C. SANZ MÍNGUEZ (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 437-465.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2009): "El vino entre las élites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo". En C. SANZ MÍNGUEZ Y F. ROMERO CARNICERO (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 2, pp. 225-251.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., DE PABLO MARTÍNEZ, R. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2011): "A propósito de un báculo de Pintia y otros ejemplares vacceos". *Vaccea Anuario 2010*, 4, pp. 68-74.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (2010): "Sobre algunas especies animales en el contexto de las religiones prerromanas de Hispania". *Palaeohispanica*, 10 (*Serta Palaeohispanica in honorem Javier de Hoz*), pp.611-628.
- SÁNCHEZ YUSTOS, P. (2010): "Las dimensiones del paisaje en Arqueología". *Munibe*, 61, pp. 139-151.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "Metalistería prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo

- Monte Bernorio". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 170-188.
- (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6.
 - (2002): "Panoplias prerromanas en el centro/occidente de la Submeseta norte peninsular". En P. MORET Y F. QUESADA (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*. Madrid: Casa Velázquez. Collection de la Casa de Velázquez, 78, pp. 87-133.
 - (2007): "El eques de la tumba 109: la confirmación de espacios reservados para la elite en el cementerio de Las Ruedas". En C. SANZ MÍNGUEZ Y F. ROMERO CARNICERO (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*. León: Caja España, pp. 83-86.
 - (2008): "Un puñal reliquia vacceo hallado en *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)". *Gladius, Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente*, XXVIII, pp. 177-194.
 - (2010a): "Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis". En F. ROMERO CARNICERO Y C. SANZ MÍNGUEZ (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 193-230.
 - (2010b): "El armamento vacceo". En F. ROMERO CARNICERO Y C. SANZ MÍNGUEZ (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 319-361.
 - (2012a): "Campaña XXII-2011 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield)". *Vaccea Anuario 2011*, 5, pp. 6-14.
 - (2012b): "Aristocracia vaccea en femenino. Las tumbas 127a, 127b y 128 de la necrópolis de Las Ruedas (*Pintia*, Padilla de Duero/Peñafield, Valladolid)". *Gaceta Cultural Ateneo de Valladolid*, 62, pp. 4-7.
 - (2015): "Premature Death in the Vaccean Aristocracy at *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield, Valladolid). Comparative Study of the Funerary Rituals of two little 'princesses'". En M. SÁNCHEZ, E. ALARCÓN Y G. ARANDA (eds.), *Children, Spaces and Identity*. Oxford: Childhood in the Past Monograph, 4, pp. 262-281.
 - (2016): "La guerra y el armamento vacceo hoy (2014)". En R. GRAELLS I FABREGAT Y D. MARZOLI (eds.), *Bewaffnung und Archäologie des Krieges auf der Iberischen Halbinsel in der Vorrömischen Zeit (6.-1. JH. V. CHR.): Probleme, Ziele und Strategien*. Mainz: Römisch-Germanisches Zentralmuseum-Tagungen, pp. 193-228.
 - (2018): "Basuras y furtivos. Un depósito de los años ochenta del siglo XX en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield)". *Vaccea Anuario 2017*, 11, pp. 10-19.
 - (2019): "Excisión "a bisel" y producciones singulares de la segunda Edad del Hierro en territorio vacceo". En C. SANZ MÍNGUEZ Y J. F. BLANCO GARCÍA (eds.), *Producciones excisas vacceas. Antecedentes y pervivencias*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 7, pp. 33-81.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CAMPANO LORENZO, A. (1987): "Hallazgo de cerámica ática en el valle medio del Duero". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIII, pp. 178-180.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CARRASCAL ARRANZ, J. M. (2013): "Campaña XXIII-2012 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield)". *Vaccea Anuario 2012*, 6, pp. 6-12.
- (2016): "Metalistería Vaccea. IV. Orfebrería". *Vaccea Anuario 2015*, 9, pp. 24-35.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CORIA NOGUERA, J. C. (2018): "La tumba 144 de la necrópolis de Las Ruedas". En C. SANZ MÍNGUEZ Y J. F. BLANCO GARCÍA (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas: Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 6, pp. 129-153.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y DIEZHANDINO COUCEIRO, E. (2007): "Tumba 90: una muerte demasiado prematura". En C. SANZ MÍNGUEZ Y F. ROMERO CARNICERO (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*. León: Caja España, pp. 99-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y GARRIDO BLÁZQUEZ, A.I. (2007): "Tumba 107, un digno representante de la *iuventus vaccea*". En C. SANZ MÍNGUEZ Y F. ROMERO CARNICERO (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*. León: Caja España, pp. 87-90.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y PEDRO, R. (2014): "Campaña XXIV-2013 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafield)". *Vaccea Anuario 2013*, 7, pp. 6-12.
- (2015): "Campaña XXV-2014 de excavaciones arqueológicas en *Pintia*, Padilla de Duero/Peñafield". *Vaccea Anuario 2014*, 8, pp. 6-10.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2013): "Entierros en el cielo. Nuevos datos en el ámbito vacceo". *Vaccea Anuario 2012*, 6, pp. 74-80.
- (2017): "Jarros de pico en los ritos vacceos y en la tradición alfarera peñafieldense". En C. SANZ MÍNGUEZ (ed.), *Jarros rituales / Canecas rituais*. Catálogo de Vaccearte, 9.ª exposición de arte contemporáneo de inspiración vaccea (Viana do Castelo – Valladolid, 2017-2018). Valladolid: Centro de Estudios

- Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea* La otra mirada, pp. 14-36.
- (2019): “Campaña XXIX de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)”. *Vaccea Anuario 2018*, 12, pp. 6-12.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2009a): “Campaña XIX-2008 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)”. *Vaccea Anuario 2008*, pp. 6-13.
- (2009b): “Joyas de barro vacceas”. *Vaccea Anuario 2008*, 2, pp. 55-59.
 - (2010): “Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”. En F. BURILLO MOZOTA (coord.), *Ritos y mitos, VI Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 27-29 noviembre 2008)*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 403-419.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J. M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2014): “Saleros-especieros zoomorfos, en técnica excisa, de barro y cerámica, del territorio vacceo (ss. IV-I a.C.)”. En R. MORAIS, A. FERNÁNDEZ Y M.J. SOUSA (eds.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania (Braga 3-6 abril 2013)*. Porto: Monografías Ex Officina Hispana, II., pp. 199-212.
- (2017): “Cerámica. Objetos singulares. I. Cajitas vacceas”. *Vaccea Anuario 2016*, 10, pp. 22-32.
 - (2019): *La excisión en la Pintia vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea* Monografías, 8.
- SANZ MÍNGUEZ, C., GÓMEZ PÉREZ, A. y ARRANZ MÍNGUEZ, J. A. (1993): “La necrópolis celtibérica de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico de Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)”. *Numantia*, 4, pp. 129-147.
- SANZ MÍNGUEZ, C., PRIETO COLORADO, A. C., y AVELLA ROMERO, M. (2016): “El cuarto tesoro de Las Quintanas, *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”. *Vaccea Anuario 2015*, 9, pp. 80-86.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): “El vino en *Pintia*: nuevos datos y lecturas”. En F. BURILLO MOZOTA (coord.), *Ritos y mitos, VI Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 27-29 noviembre 2008)*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 595-612.
- SANZ MÍNGUEZ, C., GALLARDO MIGUEL, M. A., VELASCO VÁZQUEZ, J. y CENTENO CEA, I. (2003a): “La tumba 75 de Las Ruedas, primer testimonio arqueológico de la elite ecuestre vaccea”. En C. SANZ MÍNGUEZ Y J. VELASCO VÁZQUEZ (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 173-196.
- SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F., CATALÁN GARRIDO, L., VELASCO VÁZQUEZ, J. y CENTENO CEA, I. (2003b): “Las Ruedas de *Pintia*: Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides”. En C. SANZ MÍNGUEZ Y J. VELASCO VÁZQUEZ (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 197-220.
- SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I., JUAN I TRESSERRAS, J. y CARLES MATAMALA, J. (2003c): “Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos”. En C. SANZ MÍNGUEZ Y J. VELASCO VÁZQUEZ (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 145-171.
- SANZ MÍNGUEZ, C., MARCOS SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (2006): “Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)”. *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerarias (Lisboa, 16-18 mayo 2005)*. *O Arqueólogo Português*, 3, pp. 63-91.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2009): *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea* Monografías, 3.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., DE PABLO MARTÍNEZ, R. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2013): “Vaccean Rattles. Toys or Magic Protectors?”. En R. JIMÉNEZ, R. TILL Y M. HOWELL (eds.), *Music and Ritual. Bridging Material and Living Cultures*. Berlin: Publications of the ICTM Study Group on Music Archaeology, 1, pp. 257-283.
- SCHATTNER, T. G. (2017): “Dejados para el pasto de las aves. Un motivo en vasos y relieves del norte de Hispania y de las culturas celtas, etruscas y griegas”. En J.C. BERMEJO BARRERA Y M. GARCÍA SÁNCHEZ (eds.), *Studies in Ancient History in honour of Francisco Javier Fernández Nieto*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 271-334.
- SOPEÑA GENZOR, G. (1995): *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico. Universidad de Zaragoza.
- WAGENSBERG, J. (2006): *A más cómo, menos por qué. 747 reflexiones con la intención de comprender lo fundamental, lo natural y lo cultural*. Barcelona: TusQuets.

Índice

5

Presentación

7

Ritos funerarios y etnicidad en la Hispania prerromana
Martín Almagro-Gorbea

31

*Elementos viáticos y simbólicos para el más allá vacceo,
a la luz del registro funerario de Las Ruedas de Pintia*
Carlos Sanz Mínguez

69

*Extra cæmeterii. Enterramientos y otras evidencias
funerarias en contextos domésticos vacceos*
Juan Francisco Blanco García

99

*Trascender antes de morir:
juramentos, memoria heroica y hospitium entre los vacceos*
Eduardo Sánchez Moreno

123

*La contribución de la moneda en el desarrollo
de las estelas discoideas romanas en la meseta Norte*
Thomas G. Schattner

157

*El “colectivismo agrario” y las manifestaciones funerarias
de los pueblos vacceos: una nueva perspectiva sobre su relación*
Roberto Matesanz Gascón

175

La muerte en Dessobriga
Esperanza Martín Hernández, Jesús Francisco Torres-Martínez,
David Expósito Mangas, Antxoka Martínez Velasco y Helena Muñoz Mojado

VACCEA

Monografías



Universidad de Valladolid



TEMPOS *Vega Sicilia*